

MAYO de 1915



TIENDA INGLESA

Tapicería - Bazar - Menaje - Almacén

Casa Central:

Juan G. Gomez

Bmé. Mitre

Buenos Aires

Anexos:

[Sección Hombres]

Buenos Aires

Esq. Ituzaingó

MONTEVIDEO

ESPECIALIDAD
para Señoras y Niños

ALTA NOVEDAD

Confecciones en general
Seda y géneros para vestidos

Sombreros
Guantes
Calzados

AJUARES para NOVIAS

Bonetería
Blanco
Lencería

Mercería
Perfumería
Fantasías, etc., etc.



ESPECIALIDADES

INGLESAS

Confección selectas

Trajes de saco,
de smoking, de frac
y para campo (Greeches)

SOBRETODOS
é IMPERMEABLES

Camisería, Bonetería
Guantes, Calzado
Bastones, Paraguas

ARTICULOS
para Chauffeurs,
Viajeros y Touristas

•• A C D Y & H E N D E R S O N ••



Sastrería Lupinacci

CASIMIRES Y PAÑOS INGLESES

primer cortador:
CÉSAR PIOVILLICO

SARANDÍ, 512

Margarita Corona Lyall

Profesora Diplomada

Calle Colén 1551

Inglés, Alemán,
Francés e Italiano

LA PERLA



BRILLANTES
PERLAS
ALHAJAS
FINAS
RELOJES

Últimas creaciones en Joyas
para regalos

José Gayaralde

Importación directa

ITUZAINGÓ, 1433

BOLSA DE LIQUIDACIONES

25 de Mayo



577
Remates
Semanales

J. Caramés & Cia.

MARTILLERO

Con 20 años de ejercicio profesional

Honorabilidad y reserva en sus operaciones

ANTICIPOS DE DINERO

sobre lo que se nos envíe para vender

ALMACÉN

de
Caulín Hnos & Cía

CASA ESPECIAL
EN ARTICULOS ESPAÑOLES

Esmerada provisión de comestibles,
vinos finos, licores, té, cafés, conservas,
etc. Muy recomendable nuestro

Aceite de oliva "La Valenciana"

Existencia permanente de las famosas
GUITARRAS DE VALENCIA y de las
muy acreditadas cuerdas y bordonas
marcas "TRES ROMANAS" y "ARZA"

25 de Mayo 277

Teléfonos:
Las dos Compañías

Montevideo

Bazarcito y Bazar COLÓN



ARTÍCULOS PARA REGALOS
CRISTALERÍAS FINAS
OBJETOS DE ARTE

SECCIÓN JUGUETERÍA



Font y Staricco

Sarandí y Juan C. Gómez

Almacén de Londres

(English Grocery Stores)

CASA ESTABLECIDA EN EL AÑO 1880

○ ○ ○

Recibe directamente todos sus artículos
de las principales casas Europeas y Norteamericanas
especializándose en todo de la mejor calidad.

○ ○ ○

Wm. F. ADAMS

Ituzaingó

1417

Montevideo



Casa Humbert



Avenida 18 de Julio, 951

Mensajeros OLIVEIRA

Pidan siempre Mensajeros Oliveira.
Es la primera casa que estableció
en el país estas clases de Servicios.

CONFIANZA



RAPIDEZ



SERIEDAD



Teléfonos:

"Cooperativa" Oliveira

"Uruguaya" 743 y 2030

:: CORREA LUNA Hnos. ::

A PESAR DE LA GUERRA CONTINUAMOS RECIEN
BIENDO LAS NOVEDADES QUE SE PRODUCEN.

EN TELAS PARA VESTIDOS Y CONFECCIONES
NUESTRO SURTIDO ES BASTANTE AMPLIO.

NUESTRO CORSET «GUANTE» REFORMADO
Y LOS CORSETS «FAJA» ÚLTIMA CREACIÓN
OFRECEMOS A PRECIOS MUY RAZONABLES.

ACABAMOS DE RECIBIR UN SURTIDO DE GÉ-
NEROS BLANCOS Y NEGROS A CUADRITOS.

SECCIÓN DE TAPICERÍA: GRAN VARIEDAD EN CORTINAS, COLCHAS, ALFOMBRAS, TELAS, &c.

Calle Juan Carlos Gómez, 1332

:: Mueblería y Tapicería de David Scotti ::



EXPOSICIÓN PERMANENTE DE MUEBLES

Juegos de sala. Espejos.

Con poco dinero podemos alhajar una casa. Precios increíbles.

1229, Avenida 18 de Julio, 1233

MONTEVIDEO

Aux Galleries Lafayette

La casa Chie en LENCERÍA impuesta entre nuestro mundo elegante. Sus artículos recibido directamente de la Casa Central de PARIS son puestos á la venta á precios increíbles.

Avenida 18 de Julio, 965
Montevideo

The England 685, Sarandi, 687
Montevideo



ES la Casa que vende los acreditados Productos de la
Perfumería TOKALON de Paris

El Perfume de Gran Moda

“BUDA” (El Dios de la Suerte)

POLVOS FASCINATION

Crema TOKALON

Cofre “PETALIAS”

Toda dama de buen gusto debe tener su perfume particular y personal. Este se obtiene usando El Cofre “PETALIAS”

Francisco L. Cabrera & Cia.

ANALES MUNDANOS

REVISTA ALBUM DE LA SOCIEDAD URUGUAYA

CÉSAR ALVAREZ AGUIAR, DIRECTOR EN JEFE / MR. LOUIS HELL, DIRECTOR ARTÍSTICO

Suscripción anual	\$ 10.00
Id. semestral	\$ 5.50
Id. mensual	\$ 1.00

Dirección y Administración:

ITUZAINGÓ.

Teléfono, 1902 Central.

RÍO BRANCO Y LA ACADEMIA

NO estamos en Itamaraty, el Barón no nos recibe en la puerta del salón rojo, del gran palacio donde reina omnipotente !

En esta fiesta quiere abdicar de su rol habitual !

Es un gesto de suprema cultura aparecer en el banquete solo como miembro de la Academia Brasilera !

Este es un detalle que nos revela en parte su personalidad comp'eja.

Estamos en Laranjeiras.

Los preparativos de esta fiesta en el precioso Hotel Alexandre han costado una fortuna.

La Academia Brasilera da el adiós a Guillermo Ferrero !

Por las anchas ventanas del salón, donde se extiende en forma de herradura la artística mesa del banquete, se divisa el panorama !

Desde mi asiento veo como camino entrevisto en un ensueño, la vía blanca de una larga avenida, que huye misteriosamente y se pierde en las alturas del Silvestre !

Veo terrazas desiertas y más cerca cayendo sobre la verja de un jardín un grupo de rosas blancas que a la luz de la luna parecen espirituales ! Veo sombras de palmeras gigantescas delinearse contra el cielo, donde centellean como polvo de cristal los astros lejanos !

La voz de los violines canta suavemente anunciando la hora que llega con sus emociones, su luz y sus perfumes!

La eterna primavera del Brasil con sus efluvios da al ambiente su beso de vida tropical ! Es una esencia fresca, sutil y penetrante, a la vez, mezcla de diamelas y magnolias ! La brisa mueve suavemente los cortinados de encaje y toca con sus dedos impalpables las nucas donde brillan los broches de diamantes ! Sobre el fino mantel con incrustaciones de encaje de Venecia se quiebra la luz en las facetas del cristal de roca, y los candelabros de plata cincelada levantan sus luces sonrosadas dando un fulgor especial a la delicada palidez de las bellezas brasileras !

De trecho en trecho grandes cornetas de cristal desbordan con gajos de orquídeas y una cadena de capullos de rosa los enlaza recorriendo la mesa en toda su extensión. La distribución de los asientos, ha sido hecha sin seguir el severo protocolo, solamente hay dos puestos de preferencia, el de Guillermo Ferrero y el de Machado de

Assis y observo con interés y asombro que el Barón ocupa un puesto secundario, disimulando así, su prestigio soberano, para dejar establecer esa nivelación que debe existir en una reunión de intelectuales !

La especial armonía de su manera y su palabra facilita la conversación con una espontaneidad encantadora, pero no le es posible ocultar que es un detective mental y que su rápida mirada sella el valor de las personas ! Hay en su frente algo que denota la plasticidad de un carácter superior ! Tiene además la sonrisa rara de los grandes pensadores ! Quizás el secreto de su habilidad política no era sinó la profunda convicción de lo que decía.

Allí como en todas partes su adicta y brillante secretaria le rodea, aquella que laboriosa trabaja en los archivos de Tamaraty, y que en Petrópolis le acompaña, allá en su residencia de

la rua Westplirlia donde el río se hace más ancho, donde los puentes rojos se arquean bajo los árboles en flor, donde los chalets asoman recostados en la montaña bajo la frondosa vegetación de los jardines !

Aquella secretaria de silenciosos entusiastas en que se encuentran los jóvenes Arturo Guimaraens de Araujo, Jorge y José Monis de Aragão. Los diplomáticos brasileros en goce de licencia están también presentes, Graça Aranha el autor del Chanaan nos habla de la Antigua Grecia, Itiberé da Cunha de sus predilecciones musicales.

El espíritu se ilumina, una corriente simpática se establece, un extraño fulgor etéreo y voluptuoso, parece combinar y fundir dos elementos, la belleza visible y la chispa incendiaria de la inteligencia !

Habla Ferrero, su voz llama con las infinitas y suaves modalidades de su idioma, ya el corazón ya el intelecto de sus oyentes, atando a su auditorio con el lazo de una sugestión sutil y poderosa ! Habla de Roma, de su dominación en el

Egipto, de Marco Antonio, de Cleopatra, que, en galeras con remos de oro navega sobre el Nilo...

.....

La voz de los violines viene desde el jardín y me parece dar un adiós, a la hora que se va, que pasa ! Nerviosamente corren las firmas sobre los menús, dando a la hora fugitiva la suave despedida !

Ah ! Hora luminosa, tu pasaste dejándonos un fulgor en el espíritu, una estela de plata en el recuerdo, tú pasaste, y muchos de aquellos que te hicieron selecta y exquisita pasaron también dejando tras de sí, el fulgor de sus hidalguías caballerescas, el reflejo luminoso de sus altos ideales, la estela de plata de sus grandes noblezas !

VERA.



UN RECUERDO DE LA FIESTA



El Homenaje del Uruguay al Brasil



No permaneció por cierto nuestra sociedad agena al homenaje de gratitud y simpatía que nuestros poderes públicos le tributaron a la República del Brasil, en la persona de su insigne canciller, el ilustre estadista doctor Lauro Müller. Si nuestro gobierno se esmeró en ofrecer sus manifestaciones de aprecio traducidas en múltiples demostraciones oficiales, nuestro medio social, que participaba decidido de esas afectuosidades, prestó el concurso de su acción, al esfuerzo oficial, agregando con el mayor éxito, al feliz programa de festejos, varios números, que vigorizaron a aquél, caracterizándolo con brillo desmedido.

Y así fué, que quizás del programa homenajeador de tan insigne huésped, su nota más saliente, fué la brillante fiesta que la dirección de nuestra primera institución social, asumiendo una representación que le corresponde por derecho y tradición, ofreció en nombre de nuestro medio, en honor del doctor Müller. Su éxito como manifestación social tratándose de una institución tan prestigiosa como el Club Uruguayo, no era menester consignarlo, pero justo es anotar, la armonía única impuesta en esta fiesta, que unía en feliz consorcio su carácter de demostración social y oficial.

La brillantez alcanzada, dió el más exagerado exponente de alta sociabilidad y buen tono y sus caracteris-

ticas, motivaron las más felices líneas a esta manifestación de alto vuelo, que anotó en la historia de la selecta institución, sus mejores páginas.

* *

El Jockey Club, la prestigiosa institución deportiva, homenajeó también al gentil canciller. Ofreció una extraordinaria reunión que obtuvo brillantez desmedida. La parte deportiva fué realizada con un clásico insuperable que amablemente tituló «Premio Lauro Müller».

Ni nuestras tradicionales carreras internacionales superaron ni en mérito al hábito consabido de nuestro medio al éxito social alcanzado por esta reunión y este el mayor elogio y la mayor demostración que nuestro mundo social, podría tributar al eximio visitante.

* *

No es justo cerrar estas líneas, sin anotar con los calificativos merecidos, la fiesta que ofreció la «grey» estudiantil en honor de los amables huéspedes, los gentiles caballeros Müller y Eraz, que nos traían el saludo de la sociedad fluminense, interpretando su sentir, en una ocasional representación. El Hotel del Prado fué el elegido marco de aquella fiesta, que congregó a nuestra sociedad más selecta.

* *

Con estas cortas líneas queremos mencionar sólo los festejos sociales tributados al doctor Müller, mencionándolos ligeramente, ya que el tiempo transcurrido quita interés al detalle, interés que fué satisfecho con largueza oportunamente, con la amplia información que ofreció al respecto la prensa diaria.



Doctor Lauro Müller
Canciller de los Estados Unidos del Brasil



Doctor Cyro de Azevedo
Representante del Brasil en el Uruguay



Doctor José J. Moniz d'Aragão
Consejero de la legación del Brasil

ANALES MUNDANOS es sin duda alguna la primer revista americana y similar a las mejores de Europa, tanto por la suntuosidad de su formato, como por la selección de su material

ANALES... ...MUNDANOS.



Señora Carmen Perey de Soneira

NOVELA SOCIAL



En un «chiche palacete» de estilo dórico a inmediaciones del Prado, por allá del año cincuenta, habitaba una gentil señora, esposa de un reputado doctor. Dicha dama, aunque vivía en la mayor opulencia, dentro de su corazón encerraba un mundo de dolor; oprimiale el lazo de la duda. ¡Terrible mal que cuando embarga el pensamiento humano destroza su armonía!...

No era la extremada libertad que gozaba o caprichos que su imaginación formaran que no los obtuviera, ni mucho menos privaciones del orden doméstico. No. Era que se había unido a un hombre de alma glacial, en el que no ardía en su corazón el fuego del amor para con ella; sino que se entregaba solo al estudio de sus fatigosas obras...

Eulalia, que así le llamaremos, era una hermosísima mujer, alta, esbelta, con ese paso clásico y juvenil que completaban el encanto de su belleza...

Su casamiento parecía que no se había concertado en el cielo... Tampoco fué Cupido quien habíala unido con el doctor Silvio; sino razones de abolengo.

El doctor Silvio era un hombre también delgado, alto, de mirada penetrante, y su fisonomía no demostraba alegría, más bien encerraba un extremo misticismo, misantropía y fanatismo mezclado con impulsos poco generosos. Esta mórbida soberbia que luego alcanzó hasta para su esposa, a quien trataba con desdén soberano.

Casados éstos, al poco tiempo llevaban una vida de completa separación: ocupando cada uno de ellos una habitación, y muy separada la una de la otra.

Eulalia, descendiente de una familia patricia y devota, fué educada en un ambiente religioso, conservando fervorosamente sus costumbres. En ocasiones instaba a su esposo para que le acompañase al templo, y éste, rara era la vez que le aceptaba; y si lo hacía, parecía como fastidiado por algo que no podía desembarazarse.

* *

Entre aquellas paredes suntuosas, pero heladas, Eulalia, joven y hermosa, derrama amargas lágrimas, y su corazón no ha encontrado sino desolación.

Sin embargo, en aquella regia casa se celebraban espléndidas fiestas y bailes, cuyo colorido, brillo y lujo no conocían rival. Esta era obra de Silvio, entre cuyas originales ideas sobresalía la que «el descontento se destruye con diversiones».

Algunas veces asistía él mismo a estas fiestas — porque hasta eso tenía, que preparaba las fiestas y después no concurría, — contemplándolas con soberbio desprecio, impasible ante la risa o la música. Eran, también, las únicas noches en las cuales los miembros de su familia y demás relaciones podían verle; y su figura alta y magna, de cara delgada, larga y nerviosa, tenía una asombrosa semejanza a la del célebre Don Quijote.

Los efectos que estos entretenimientos producían en Eulalia, eran muy distintos. Ella respondía con deleite a la alegre vivacidad que latía tan peligrosamente cuando su «casita» se entregaba a diversiones.

* *

En una hermosa mañana otoñal del mes de abril, en que el horizonte cubría por el majestuoso velo del alba; una brisa impregnada de la suave fragancia de las flores; los árboles cargadísimos de sazonados frutos; el cántico alegre y airoso de libertad de un sinúmero de pajarillos, y el unísono reposo de los habitantes que circundaban el Prado, hacían de todo ese alrededor, un estupendo paisaje...

Como de costumbre, salió una mañana de su casa el doctor Silvio a recorrer el bosque, para estudiar algunas de sus «obras», — fortalecer su espíritu e inspirar su entendimiento con el néctar sublime con que nos convida la naturaleza...

Mañana fatal fué para Silvio. Iba con la pausa de un verdadero pensador, cuando de pronto le sobrevino un síncope, del cual fallece-

Eulalia, después de la muerte de su esposo, dió la espalda al mundo y buscó el consuelo en la religión, viviendo varios años en el más completo retiro.

Dotada de gran belleza y salud física, rodeada de halagos y grandezas, ha tenido una vida de dolor y desengaños. Acabando así por enclaustrarse en un convento como monja, tomando los votos de pobreza, obediencia y castidad. Siendo más tarde Superiora de él, dió ejemplos de abnegación y dulzura para sus pobres y desgraciados semejantes.

Desde que amanecía daba comienzo con sus oraciones; después cosía para los ancianos, huérfanos y enfermos de los hospitales, cuidaba a estos mismos y hacia toda clase de trabajos domésticos del convento.

Así se fué apartando de la vida mundana y asistiendo cada vez con mayor fervor a los servicios religiosos que se celebraban a media noche en el convento, y cuando se retiraba a su celda, permanecía horas enteras rezando de rodillas.

De esta manera ha sobrellevado su existencia hasta que la «obra divina la llamó a su seno...»

LEO GAMA.



DE LA DIPLOMACIA

Engalanamos hoy la sección diplomática con el retrato de la distinguida dama doña Clara Braga de Azevedo, gentil esposa del prestigioso representante de la República de los Estados Unidos del Brasil, Dr. Cyros de Azevedo.

La amable dama que es compatriota nuestra imprime a la acción social de esa Plenipotencia, el gesto atrayente de sus características, de distinción y inteligencia y prestigia a nuestra sociedad a la que la une, estrechos lazos de parentesco y donde su acción tanto en épocas anteriores como en la presente, dejó bien señalados sus dotes de sociabilidad acabada y de su ilustración.

La señora de Azevedo con su reincorporación a nuestra vida social, le prestó espontáneamente el agregado de su exquisitez y de su espiritualidad.



Clara Braga de Azevedo

Como bien lo ha dicho la prensa metropolitana, ANALES MUNDANOS honra a nuestro medio con su aparición, traduciéndo fielmente, el elevado exponente de nuestra cultura



MADAME DE MAINTENON



... La verdadera historia de madame de Maintenon, ha sido más brillante que alegre. Madame de Maintenon, no pudo respirar libremente, más que en la casa de Scarron, y en los años siguientes. El resto ha sido todo de miserias en la juventud, y de infinitas penas en la edad madura y penosa. Es de hacer notar, que esta mujer, que ha sido tan envidiada, no fué jamás ni hija, ni madre, ni esposa siquiera. Su padre era despreciable, y su madre no la amaba. No tuvo hijos. Espousó sucesivamente con dos hombres viejos y enfermos. No tuvo tampoco, para tener amor a la vida, y para consolarse, los motivos que tuvieron madame de La Fayette, y madame de Sevigné. No es de extrañarse de que un poco de dureza, hubiera penetrado en ese corazón por tanto tiempo optimido. Lo que asombra — al contrario — son los momentos de alegría que se sorprenden en esta mujer que en toda su vida — en el infortunio y en la grandeza — y aquí más todavía, estuvo obligada a vigilarse y a contenerse; lo mismo que lo que nos admira — no es una cierta dosis de orgullo, y alguna tendencia a hablar de sí; — sino al contrario — el que ella no haya sido jamás poseída por el vértigo — llegada a tan alto — habiendo partido de tan bajo. Eso quiere decir, que, el fondo de Françoise d'Aubigné, era un soberano buen sentido, una razón de una firmeza invencible. "Consultemos la razón" — decía sonriendo Louis XIV; y volviéndose hacia ella, con la gracia que él tenía cuando quería: ¿qué piensa vuestra solidez?... Esto es bien energico, como de Aubigné, y más que él, avisada y perpetuamente lúcida, madame du Deffand la encuentra «seca, austera, insensible y sin pasión» — pero hace notar que posee sinceridad: «yo persisto en encotrar que esta mujer no era falsa». De parte de un apreciador malvado, la observación es preciosa, porque es justamente la hipocresía lo que más se ha reprochado a madame de Maintenon. Nosotros confesamos no haberla apercibido en su vida; a menos que se considere como hipocresía en la mujer el esfuerzo de saber callarse. Lo que por el contrario nos seduce en la esposa de Louis XIV, es la sinceridad del corazón y del sentido; un sentimiento neto de la verdad en las cosas prácticas, lo que podría llamarse el «sentido de la realidad». Esta heroína de un romance invirosimil, fué la mujer de mundo menos novelesca que ha existido. Ella no tuvo jamás ilusiones ni siquiera sobre ella, y sin embargo no era nada triste. Su franqueza, su humildad verdadera cuando se equivocó — y su simplicidad en reconocerlo — (asuntos Saint-Cyr) convueven: «la pena que sufro por las niñas de Saint-Cyr, no se puede reparar más que con el tiempo... Es bien justo que yo sufra — puesto que yo he contribuido más que nadie, y seré bien feliz, si Dios me castiga más severamente. Mi orgullo se ha esparcido por toda la casa,

M^{me} DE MAINTENON

y el fondo es tan grande, que lo lleva por sobre todas mis buenas intenciones... Que vuestras hijas no se crean mal conmigo (por eso)... en realidad no son ellas que tienen la culpa». Fénelon no gritaría él: «¡oh, cuánta nobleza hay en el hecho de rebajarse así!» Nosotros diremos solamente que hay allí una tal firmeza de razón — que llega hasta ser conmovedora — como un rasgo de sensibilidad. Es tener razón hasta el fondo del corazón. Algunos detalles nos convueven menos; cierta afectación de modestia, por ejemplo, la rueca de hilar en sus habitaciones — a las horas de conversación. Todavía es necesario ver allí más bien una protesta contra la ociosidad de la corte, y un pequeño ejemplo a la habilidad de madame de Bourgogne, que una afectación. En Saint-Cyr, ella habla demasiado de sí misma; pero tiene demasiado «esprit» para no apercibirse de ello, y ligero, se acusa — continuando con una sinceridad maliciosa que desarma: «puesto que no se puede evitar el ridículo de hablar de uno mismo...» — «Uno quiere siempre hablar de sí, debiendo hablar en contra». — Es justa la frase de La Rochefoucauld: «uno prefiere más bien hablar de sí, antes de no decir nada». Esos dos filósofos desengaños debían volver a encontrarse. Yo noto, no obstante esta diferencia: La Rochefoucauld no ha hablado de él casi nunca.

En resumen, madame de Maintenon fué una mujer superior, de gran corazón, de increíble voluntad, de hermosa inteligencia, de sagacidad infinita, de razón y buen sentido incomparables; confiada, discreta, casi simple y casi modesta. Una ternura de corazón; la gracia nerviosa de una sensibilidad que se expande; un alma fácil a la emoción y que la provoca en los demás, eso es, lo que todos los que hablan más o menos a su antojo, sienten no encontrar en ella. Esas tendencias, son compatibles con la infalibilidad de razón práctica y de rectitud, que formaban el fondo de madame de Maintenon? No lo sabemos; pero estamos tentados de temer que las críticas no le hayan reprochado el haber carecido de los defectos comunes de su sexo.

Esta mujer, tan distinguida, tiene, mismo como escritora, hermosas y altas cualidades; estilo puro, claro, de un dibujo firme, y capaz, algunas veces, de energía y de fuego.

Escuchémosla cuando se anima en su pasión dominante y casi única — que fué por Saint-Cyr — la imaginación aparece en la expresión: «nada me es más querido que mis hijas de Saint-Cyr; yo amo todo en ellas: hasta el polvo que levantan». Y todavía: «¡viva Saint-Cyr! ¡Roguemos a Dios porque él viva tanto como Francia, y Francia tanto como el mundo!» Cualesquiera hayan podido ser los errores políticos de esta ilustre mujer, ella ha sido sin duda perdonada, porque amó mucho a Dios, a los niños, y Athalie.



El debut social de una niña en el gran mundo



Supe hoy que la familia Speenecker en vez del fatídico baile, ofrecerían un garden party con motivo del casamiento de su hijo con Genoveva Lemarchand.

Genoveva, que vale tres millones, se casa con el joven Speenecker que vale treinta. No crean Vds. que esa frase americana esconde una ironía. Se trata, según mi modesta opinión, de considerar la riqueza con ojos desprovistos de odio y de admiración. Sin contar que siempre algo se gana frecuentando la gente rica: están bien vestidos,

viven en una sumptuosa vivienda donde es agradable estar. El palacete de los Speenecker es admirable; ellos poseen un parque y hasta habían instalado, lo que parece paradójico, en la Avenida Gabriel, a algunos metros de la Magdalena, dos vacas que comían tranquilamente un pasto que se calculó costaba cuatro pesos la espiga dado lo céntrico del paraje.

Dicen que el señor Speenecker organizó con regocijos extraordinarios, una fiesta campestre bajo árboles ilustres que cobijaron los ensueños de un duque de Orleans, pri-

mer propietario del hotel. — Yo me preparo a estar hermosa, dije.

Preparativos febriles «te bastan tus diez y ocho años» me dijo mi padre, médico y filósofo, cuyo mayor esfuerzo de coquetería consiste en reemplazar, cuando viene el buen tiempo, su corbata de seda negra por otra de piqué blanco. Mi padre no irá a lo de esa gente como dice con un desdén que yo no compartiré nunca. Mamá no hizo caso de ese consejo a lo Jean Jacques Rousseau. Estará toda de blanco, con un sombrero ad-

mirablemente adornado, donde se juntan en una guirnalda estilo 1850, todas las rosas, desde la negra hasta la blanca, pasando por la rosada y la punzó. Tendré el aire de un Winterhalter salido de su marco.

Hice un ensayo general; pero apesar del gran éxito que tuve quedé bastante inquieta: como decoración nuestro modesto aparta-



mento (5.200 francos⁷ por año), una sala, una antesala y elegantes muebles; como público: mi madre, la mucama y la cocinera. Llegó el día solemne. Son las tres y media. Nuestro taxi detrás de cien coches marca el paso con pequeños gemidos. ¡Cuánta gente! Para colmo de desgracia nos tocó un chauffeur malhumorado y rezongón. Nos mira con una cara congestionada y nos propone que nos bajemos ahí. Yo resisto agriamente. Cada dos minutos nuestro chauffeur fastidiado e impertinente nos decía:

— «No puedo perder todo mi día. Me espera un cliente en la calle Montorgueil.»

En fin: llegamos. El maestro de ceremonias que acaba de anunciar la llegada de un conocido escritor, hace saber a la concurrencia nuestro nombre:

La señora y señorita de Brevillac. La novia, Genoveva, acude a nuestro encuentro. ¡Qué mona estaba! Tiene una nariz tan chiquitita y colorada que parece encenderse cuando trata de respirar, y sus manos son bastantes sólidas para contar sin cansarse todos los escudos de su marido.

— Por qué se casa con ella este millonario? Genoveva, falsamente camarada, falsamente alegre, falsamente feliz me lo presenta:

— Querida, este es mi novio. Edmund, le presento a Elena Brevillac, una de mis mejores amigas, la hija del doctor Brevillac.

Nos acribillamos de banalidades. Edmund Speecker es barbudo, eso me basta. No lo miro más. De esa barba brota que muchos amigos serían felices de conocerme y que dicha barba va a traerme dos buenos partidos en esa fiesta.

Mamá desapareció. He aquí los amigos. Me dicen sus nombres entredientes. Hay uno de pelo colorado rabioso; otro chiquito rubio destenido, con ojos apagados detrás de un lente de profesor. Comprendo! Son el primero un estudiante de medicina; el segundo un joven doctor. Estos señores van, si me atrevo a decirlo así, a fastidiarme

mucho. Sobre todo el chiquito con la voz afluatada me parece de la raza de los imbeciles pegajosos. Entra en una serie de consideraciones sobre la medicina. Su señor padre es el doctor Belonte (de la Tuberculosis?) Los zingaros en el fondo del patio empiezan un vals lánguido. Mis dos compañeros me hablan de los trabajos paternales.

Aburrida de esa conversación decidí recorrer la mansión del señor Speecker.

Los salones con grandísimas puertas-ventanas que toman la luz del jardín, conservan aún en las paredes medallones con las iniciales del primer poseedor del inmueble. Se ven Lancret, Watteau, Boilly y también el retrato del dueño de casa, lan beteado por uno de esos odiosos abastecedores de óleos modernos. Se baila sobre las gramillas cubiertas con tablados. Admire los árboles colosales que brotan entre las miasmas parisinas con un aire que parece decir:

Oh! yo no tengo necesidad de ir al campo!

El señor Speecker padre, que esbelto y tiso parece un viejo ayudante de infantería a fuerza de querer parecer un joven coronel de caballería, lleva a sus invitados delante de sus cuadros y murmura:

Este lo pagué cien mil francos en la venta de un marqués, fíjese en el brillo del vestido: las gentes del oficio dicen que es extraordinario!

Hé aquí nuevamente la barba de Speecker hijo:

Señorita Brevillac le presento al señor de Hасту.

El señor Hасту, tartamudo, me dirige miradas de perro corrido y un sudor de emoción humedece su frente candida. Juraría que es su debut en sociedad. Hace esfuerzos inauditos para no tartamudear y casi lo consigue pero la emisión de cada palabra iba precedida de esfuerzos espantosos; al fin lanza la palabra con el desahogo de un señor que estornuda! ¡Horror! El tartamudo es charlatán!



Lo llevo al buffet; á lo menos se callará comiendo! me hace los honores; pide en alta voz sandwiches, champagne y de todo con unas dificultades que hacen tentar de risa á los vecinos que miran el techo para disimular. No puedo aguantar más y resbalando me voy al salón donde están expuestos los regalos. El señor Hасту corre á alcanzarme y sin querer me empuja sobre un señor solitario; tropiezo y derramo el champagne sobre la manga de un señor que me sostiene con una mano vigorosa y se esponja la manga sonriendo. Lanzo una mirada terrible al señor Hасту seguida de un «gracias señor» que lo hace desaparecer.

Mi nuevo compañero se rie francamente. Este desconocido que la casualidad me envía no parece mal, veinticinco años; una tenida seria y correcta; una cintita tricolor en el ojal, que es la medalla de salvataje (y acaba de hacer otro más!) nos conversamos con simpatía. No hay nadie en ese salón donde están desparramados los regalos ofrecidos a la joven pareja.

Eso nos distrae, pero el desconocido no se aparta de una reserva grave, extraordinaria a su edad. Debe ser un diplomático. Le hablo de la carrera y cambia de conversación. Teme que yo traicione sus secretos?

Sin embargo encuentro en este señor que no conocía hasta hace algunos minutos, casi a un amigo. Me habla de las personas que están presentes en la fiesta.

— Vd. no se imagina señorita, hasta que punto en una reunión de esta clase hay mezclas. Se encuentra de todo. Al lado del señor Lastrillière, antiguo embajador de Francia en Madrid, gran Cruz de la Legión de Honor, hay un estafador, echado de varios clubs parisienses por trampas.

— Pero eso es horrible! le dije yo.

— Así son las grandes ciudades como París, Londres, Viena ó Roma. No hay solamente de esos, hay también los que no se atrevería uno a desconfiar... las lindas señoritas Cleptomanas, por ejemplo. Todo lo que yo he visto y admirado en los salones...

— Vd. va a menudo a los bailes, señor?

— Desgraciadamente, sí; señorita.

— Porqué desgraciadamente?

— Porqué, salvo en raras ocasiones como ésta, resultan fiestas aburridas...

(Mamá, desde la sala de al lado, me hacía gestos furibundos).

— Pero me llaman... le dije a mi compañero, si quiere Vd. venir, el señor Speecker nos presentaría.

El desconocido pareció turbarse:

— Aceptaría con mucho gusto señorita; pero no puedo moverme de aquí.

— ¿Vd. no puede moverse de aquí? Sería indiscreto preguntarle el motivo?



— Nada de eso, señorita; soy el agente de seguridad puesto para vigilar los regalos. Cuando se recibe tanta gente, no le parece?...

HENRI DEVERNOIS.

(Traducción del señor Edme Vaillant)

LAS CONFERENCIAS DE "ENTRE NOUS"

La más excelente acogida ha enconrrado en todos nuestros círculos más caracterizados la iniciativa que ha llevado á efecto la sociedad « Entre Nous », al organizar una serie de conferencias bajo su patrocinio en la sala del Cine Doré.

«Entre Nous», como ya lo hemos dicho en otra ocasión amplía en una forma auspiciosa su perfección, ofreciendo con estas conferencias, una nota de refinada intelectualidad, que habla muy en favor de nuestros modismos sociales.

Los conferenciantes hasta ahora han sido dos distinguidos hombres de letras los doctores Carlos María Prando y Eduardo Rodríguez Larreta, vigorosos talentos de la pleyade de jóvenes que más se destacan por su inteligencia en nuestro medio intelectual.

En la segunda de estas conferencias la genial poetiza María Eugenia Vaz Ferreira encantó al auditorio, con dos poesías inéditas que recitó con fluidez exquisita.

Se ve que «Entre Nous» compuesta por las niñas más distinguidas de Montevideo, es una asociación llamada á desempeñar un rol muy importante en nuestro país, pues no solo



Senorita Maria Vaz Ferreira



Doctor Carlos María Frando

se concentra á que su recinto sea sitio de espansiones de cultísima sociabilidad, sino que también desea abarcar el terreno de la intelectualidad en sus vastas manifestaciones.

Vaz Ferreira Felicitémonos, muy de veras, al contar en Montevideo con un centro femenino de esta índole, que, apartándose de frívolas rutinas, se dedica a imponer una cátedra prestigiosa, por la que desfilarán nuestros intelectuales más distinguidos.



El éxito obtenido por «Entre Nous» con su feliz iniciativa en sus dos primeras manifestaciones, tendrá brillante continuación. Ya se anuncia la tercera conferencia, que estará a cargo del inteligente facultativo y prestigioso intelectual doctor Miguel Becerro de Bengoa, quien disertará sobre «Un viaje» con proyecciones luminosas. Su realización tendrá lugar el próximo sábado.

También se anuncia la cuarta conferencia que estará a cargo del conocido literato, nuestro colaborador señor Julio Raúl Mendilaharzu, y el tema a disertarse, residirá en sus impresiones sobre Venecia, en cuya ciudad residió durante largo tiempo.



Doctor Eduardo Rodríguez Larreta

ANALES MUNDANOS es fiel portavoz de nuestro medio social, anotando en sus hojas sus manifestaciones más significativas.

Figuras del Jockey-Club



Señor Enrique Puig

En el Jockey Club se le estima mucho por que reune sobrados méritos para ello. Es además un perfecto *gentleman*, que ha sabido representar dignamente al Jockey Club en todas las fiestas hípicas y sociales a que han dado lugar las recientes visitas de los doctores Benito Villanueva y Lauro Müller.

Del señor Enrique Puig podríamos decir otro tanto respecto a su cultísima persona y a su actuación brillante en la Comisión Directiva del Jockey Club. Entre todos

En el Jockey Club, y fuera de él Arturo Gómez Folle es bien conocido. Su carácter amable lo ha hecho simpático de todos. Como propietario de Stud, la fortuna lo ha sonreido infinitas veces. Mr. Irving fué prodigo para con él; lo mismo Polisson... De ésto hace ya algún tiempo. Ahora emplea con preferencia sus actividades dentro de la Comisión Directiva. La moral, —la « higiene », como diría un ático camarista que todos conocemos,— del Jockey Club es un punto que preocupa esencialmente a nuestro siluetado. Por eso tal vez se le combate.

Aún cuando persigue a los *patos* con más tesón que el más empedernido hijo de Nemrod, los *patos* lo estiman por su corrección y sus buenas intenciones.

No las vá con los nuevos Estatutos, ni con los vientos de Fronda que soplan por el Jockey Club, y espera tranquilamente la restauración de los *Viejos* y la vuelta de su prestigio.



Señor Arturo Gómez Folle

los socios de esta institución goza de marcado aprecio por su carácter franco y su caballerosidad intachable. Aunque « novicio » en la Comisión Directiva tiene las ideas de los « viejos » en cuanto al desarrollo y progreso del Jockey Club.

No las vá tampoco con los « patos » y su campaña es moderada y discreta para con estos, en consideración a la crisis por que se pasa.

OLD MAN.



SILUETAS MASCULINAS

DEL doctor Blas Vidal podría escribirse lo que Montaigne decía de un político de su tiempo: « él es como su persona ». Viéndolo andar, se comprende, desde luego que en la serenidad de porte y de aspecto está comprendida toda su psicología.

El es, en efecto, como su persona. Si las principales artes de la vida son la fría razón y un dominio de si mismo que permite exteriorizar los sentimientos en la medida de la más sana prudencia, el doctor Vidal realiza el desideratum del hombre de mundo experto e inteligente. En su actuación política esa prudencia se exterioriza por la firmeza de un carácter que podría creerse inmóvil en medio del sacudimiento del ambiente que le rodea, porque la gene-



rosidad de sus ideales, la elevación de pensamiento que singularizan sus actos, tan ajenos a la recompensa que los falsos hombres de gobierno esperan y ansian como único incentivo para sus acciones

son los primeros rasgos de que podemos valernos para trazar los perfiles más salientes de su personalidad y de su temperamento.

Acostumbrados, como estamos, a prodigar demasiado el nombre de tribuno no concebimos como tal sino a aquel cuya palabra ardiente arrebata y arrastra a las multitudes, olvidando que el verdadero tribuno no es el que más ruido produce ni el que más grita, y sí el que más piensa.

En este concepto, el doctor Vidal tan parco en sus expresiones tan medido en sus discursos, tan adverso a la exageración y al estríptico, merece ese título, puesto que las ideas no valen únicamente por las palabras con que se expresan sino también por el corazón con que se sienten.

¿Queréis conocer las cualidades que faltan a un hombre? Observad las que se alaba de poseer, dice una sentencia muy generalizada. El doctor Vidal no cree tener ninguna con lo que no hay que agregar que no solamente posee las más útiles y bellas sino que es dueño también de la modestia que suele entrañar tanto o más valor que las otras virtudes. Son estas cualidades complemento de una cultura superior, múltiple en sus aspectos y policromos en sus tonalidades que lo han colocado en los más diversos puestos, ocupando ya la grave y solemne poltrona presidencial del Senado, la más amable y gentil de nuestro Club Uruguay.

Y si estas líneas que fluyen elogiosas no pudieran tacharle de exageradas y algunas lectoras de esta revista no juzgaran poco oportuno nuestros conceptos, dirímos, también que el doctor Vidal, cuyos talentos hemos puesto de relieve, ha cometido, sin embargo, la imprudencia de tenerse inmóvil ante el fuego bien nutrido y peligroso, de las miradas gentiles de nuestras mujeres más bellas.

A EROS

**

¡Eros, divino Eros! Te brindo con sincera
Fruición el alma mia. Yo soy la primavera,
Soy harmonía y flor;
Y mi pupila irradia gozosa y encendida,
Limpida cual la aurora, bella como la vida,
Honda como el amor.

Yo sé la pura esencia de las más dulces flores;
Y, ungida con el llanto de todos los amores,
La dicha de soñar.
Te ofreceré en mis labios el néctar de las rosas
Si tú, que tienes alas como las mariposas,
A mí quieras llegar.

¡Oh, ven, potente y bello señor del universo!
Tu voz en la dulzura melódica del verso,
Feliz, recogeré.
¡Oh, ven! y que tus ojos cual astros inmortales
Presidan mi destino; benignos o fatales
Yo los adoraré.

Aún de pie en la roca de Léucade, el misterio
De la virtud sagrada de tu sagrado imperio
Como un eterno ideal
Adoraría; aun cuando el harmonioso canto
De Safo inmensamente vibrara como un llanto
Ardiente, universal.

¡Idealidad del numen! Visión radiante y pura
Que tienes el supremo poder de la Ternura,
Gloriosa sugestión!
Yo quiero que tú seas eternamente mía
Y en la divina fuente de tu ideal poesía
Bañar mi corazón.



HOJAS DE UN ALBUM

(En el album de la señorita Sara Blanco Acevedo)

Aletea en la esencia de nuestra memoria, un perfume sutil, que realiza en el milagro de las evocaciones la eterna juventud de los recuerdos.

Es múltiple y proteiforme, perfectamente fecundo y sabiamente piadoso. Gesta en la sombra y en el silencio de los recogimientos, y en sus tules impalpables aprisiona el íntimo secreto de la vida purificada y superior.

Recordar es vivir suavemente un instante selecto de las emociones muertas, sin la vulgar energía de las cosas reales. Diluidas, esfumadas, como esas pálidas y vaporosas figuras que surgen en los sueños.

Quiera el destino reservarle á la gentil inspiradora de este album, — cumplido homenaje á sus virtudes y sus encantos, — la suprema felicidad de desmentir al poeta repitiendo sin cesar, ningún mayor placer que vivir recordando.



Yo quiero en la serena grandeza de tu gloria
Beber, excelsa Eros, el grito de victoria
De la Idea inmortal.

Y en la sonora lira del pensamiento humano
Brindarte como ofrenda un himno soberano,
Magnético y triunfal!

DEL ATARDECER

**

En la penumbra, místico ensueño se adivina;
junto al balcón, tu rostro pálido me domína
y la hora que pasa, vencida ante el ocaso,
es verso de elegía llorando sobre raso . . .
¿Hacia donde diriges tus mundos de mirada?
La calma señorea las aguas de la rada
y, allá lejos, podrían fijarse tus pupilas
en églogas de valles con lamentos de esquilas
Nada turba en las almas la lírica acuarela
cuyo mar se adormece y cuyo cielo anhela . . .
Sin contempnarlas siento, como los labios cercanos
las euritmias ardientes que triunfan en tus manos;
en reinos azulados de un vuelo de quimera
me aroma tu ondulada y negra cabellera;
y presiento dulzuras de caricia que encanta,
posándose en el cálido marfil de tu garganta . . .

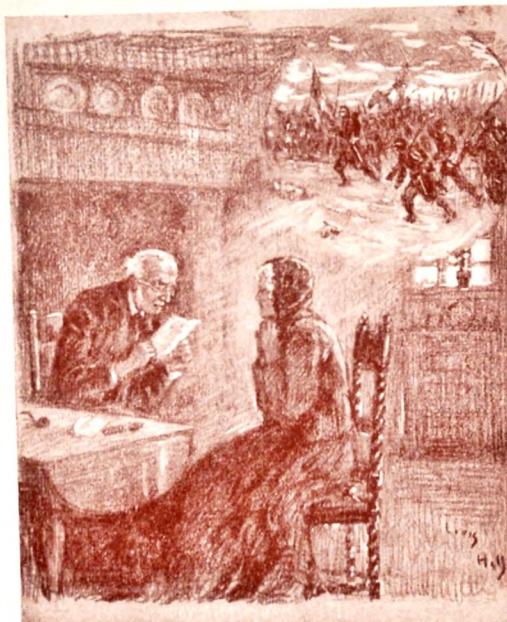
¡Madre!

Al llegar al ocaso de la vida, habiendo sentido el corazón todas las vibraciones de alegrías y pesares que lo han dominado en el camino recorrido —más o menos largo, más o menos escabroso,— pero que, por lo general, tiene para todos más espinas que flores,— llega un momento en que la vida del presente se detiene ante nosotros, y el recuerdo nos lleva, como en una misteriosa fantasmagoría llena de luminosas irradiaciones, el pasado, con sus esperanzas, con sus ilusiones, con sus desencantos...

La niñez, llena de inocentes y encantadoras alegrías; la juventud adormida en sueños color de rosa y forjándose ángeles divinos, de amor y de dicha: la entrada al nuevo hogar, formado por vínculos de cariño verdadero: lazo de flores del alma, que en el loco delirio de nuestra ilusión parésenos que tienen siempre que espacer aromas, conservar frescores, sin que el hálito de una pena ni el rocio de una lágrima puedan llegar a ellas y marchitarlas. Después, la punzada del primer dolor, el ¡ay! de los desgarramientos del corazón, el derrumbe de todos los hermosos panoramas forjados en el entusiasmo de nuestra felicidad... el desaliento del vivir... todo lo que se sufrió otrora, pasa por nosotros como una chispa eléctrica, reanimando impresiones ya paralizadas, reviviendo sentimientos extinguidos, trayendo un impulso de vida nueva al corazón que ya late pausada y trabajosamente.

Y en la vida de estos recuerdos que, posesionándose por completo de nosotros, nos llevan a otros tiempos, a otros sitios, a otros acontecimientos tan lejanos, en todo y sobre todo, surge el recuerdo dulcísimo y querido de nuestra santa madre.

¡Madre! El angel de la guarda de nuestra infancia! La compañera leal de nuestros años juveniles; el apoyo donde hemos encontrado siempre protección, siempre amor infinito!



¡Madre! La que en las horas felices de nuestro vivir ha gozado con nuestros goces, no trepidando en sacrificios cruentos para que irradiase el reflejo de una constante ventura en el horizonte de nuestra alma.

¡Madre! La que en los agónicos instantes del dolor inmenso, cuando deshecho el corazón por un sufrimiento supremo nos hemos inclinado desfallecidos, sin lágrimas, sin gemidos, sin alientos, «ella» nos ha hecho reposar sobre su pecho amante y, en la abnegación de su celestial amor, ha anegado su corazón con nuestros pesares.

¡Madre! Sinónimo de todo lo más grande, de lo más noble, lo más puro, lo más santo!!

En el panorama de los recuerdos del pasado «ella» lo llena todo, porque en cada día, en cada hora, en cada paso por la existencia, la madre ha estado ligada a nosotros con los eslabones de una cadena de amor infinito, que solo puede romper la muerte. Y aún así, ¡allá!, desde el insondable misterio del no ser, sentimos flotar su espíritu sobre nuestras cabezas abatidas por el sufrir, para darnos valor y resignación.

¡Madre! Yo te invoco siempre, en todos los recuerdos de mi pasado. Y en las horas de mis forjadas visiones, te miro en la misteriosa fantasmagoría de mi mente, dulce y santa, hermosa y dolorida, en la noche eterna de tus pupilas sin luz, y cuando el influjo del dolor me desfallece, cuando me siento doblegada por el peso de la cruz de mis sufrimientos, de tantos pedazos de mi corazón que he perdido, sólo clamo a tí, y mi alma lleva siempre a mis labios este único y consolador gemido: ¡Madre mía!!

OLMA.

A nuestras Lectoras

La Dirección de ANALES MUNDANOS inspirada en el mismo sentimiento que domina actualmente á nuestra Sociedad, que lucha con ahínco por amenguar las miserias que afligen á las clases trabajadoras, ha resuelto coadyuvar á esos plausibles propósitos, agregando sus limitados esfuerzos á la acción común.

Al efecto hace un llamado á sus lectoras que pertenezcan á las innumerables asociaciones benéficas que trabajan en estos momentos con ese fin para que acojan su iniciativa, sirviendo de gentiles intermediarios. Ofrece la dirección de ANALES MUNDANOS el veinticinco por ciento del producido de los avisos que obtengan sus lectoras de sus proveedores y que sean publicados en esta revista. Una dama que obtenga un aviso, lo ofrecerá á nosotros, obteniendo el porcentaje anotado á beneficio de la institución benéfica á que pertenezca. ANALES MUNDANOS, con el fin de simplificarles la tarea y evitar en lo posible molestias recibirá la propuesta de aviso por escrito, encargándose de la tramitación con el comerciante avisador. Desde ya ANALES MUNDANOS agradece los esfuerzos de nuestras beneméritas lectoras, que le dediquen atención á su iniciativa benéfica, ayudándola en sus propósitos de bien común.

:: CARTAS FEMENINAS ::



 Mi buena Julia:

Como te supongo nerviosa después de la conversación del otro día, la que tan bruscamente tuvimos que suspender, y, como ha de tardar para que pueda yo nuevamente conversar contigo, prefiero escribirte, para terminar de contarte lo que tanto me interesa, y para que tú, mi única y verdadera amiga de confianza, me aconsejes en esta tan dura emergencia para mí. Porque mi razón, hecha mil laberintos con las ideas de ya sabes tu quién . . . no atina que debe hacer.

¡Recuerdas, Julia, todo lo que yo había empezado a contarte! Si te dijese la verdad, no sé si podré echar en esta carta, acertadamente, todo lo que presumo que hay de noble en las intenciones de él hacia mí. En fin, tu me comprendiste bien el otro día, y lo que yo no sepa decirte lo adivinará tu cabecita; porque tienes el instinto aguzado; porque, además, eres libre! . . . ¡Quién lo fuera como tú!

¡Cuanta razón tiene él al invitarme a abandonar esta vida monótona, fría, siempre igualmente rítmica, sin variación, sin emociones, sin una nota fuerte que haga vibrar las cuerdas del alma! Con Enrique, las perspectivas de la vida serían varias, multiformes; los horizontes, que su verbo cálido me va enseñando, dilatan los ojos de mi espíritu, como en una efloración de pensamientos de seda . . .

Escúchame: él me dice: Norma, te llevaré por todo el mundo; serás reina de mi albedrío, emperatriz de los lugares que pisen tus piecitos, los tuyos tan divinos, siempre bien calzados, con rica media, con hebillas de brillantes en los zapatos. Adornarán tus cabezas magnos sombreros; y a tu cuerpo blanco lo verás envuelto en finísimas sedas, con sutiles encajes . . . Primorosos anillos cubrirán tus dedos, largos, rosados, haciendo de tus manos un sortilegio de luces; y la ofrenda eterna de mi amor no ha de obligarte a ser mi esclava; serás dueña absoluta de tu libertad. Yo mismo no tendré imperativos derechos sobre tí. Esa es la vida, Norma, la verdadera vida que le corresponde a una mujer tan linda como tú, y no jamás, la que haces al lado de tu marido, recogiéndote todos los días a temprana hora, variando de trajes solo de tarde en tarde, recurriendo muchas veces a arreglos de viejos vestidos para poder estar a la moda. No me negarás, Norma, que eso no sea triste para tí que podrías ser tan feliz con sólo quererlo. Al fin y al cabo, tú no tienes hijos que, por lo general varían infinitamente el destino de las mujeres. Ni siquieras amas a tu marido con esa pasión tonta que suelen sentir las mujeres por el primer hombre a quien se dieron. ¿Entonces querida? Vámonos, déjate de preocupaciones sociales. ¿Acaso la sociedad se sacrifica por tí para agradarte? ¿Te dará algo cuando tú le pidas? ¿Va a llamar ella a tu puerta para ofrecerte lo que te sea menester, para tus apremiantes necesidades? . . . No parece sino que la eterna misión de la sociedad fuera el criticar todo lo malo y todo lo bueno que se hace; por que ella es egoista por principio; por que todos, el que más y el que menos son miserables; sólo se preocupan de satisfacerse a sí mismo, sin importarles la felicidad o el dolor de los demás. Bien, pues, haz tu lo mismo; con la diferencia que no perjudicas a nadie. Rompes un lazo que te une a un hombre que no puede hacerte feliz; por que no tiene tus mismos gustos. Otros son sus sentimientos; no puede satisfacer tampoco todas las necesidades, todas esas pequeñas necesidades que le son tan apremiantes a la mujer de tus condiciones. Yo te llevaría directamente a París. Allí frecuentaríamos todos esos deliciosos lugares donde la alegría es el Dios. De noche como de día, an lariámos juntos. ¡Que sitios privados ni no privados! ¡Todos, todas las puertas, estarán abiertas a tus ansias de placer! Oh mi adorada Norma! Vámonos, Vámonos, sed mía. ¡Yo juro adorarte eternamente, llevarte por las sendas más floridas, saboreando los mil placeres que brinda el refinamiento de todos los goces! Así hablándome mi querida Julia, enloquece mi fantasía con las perspectivas de tan brillante panorama, y, claro ansio volar, volar por esos mundos del

ensueño! Contéstame Julia, aconséjame. ¿Quién mejor que tú, tú que has experimentado esa vida, puede aconsejar a una inexperta como yo?

Te abraza tu amiga.

Norma.



Mi pobrecita Norma:

Recibí tu carta . . . y ahí va mi pequeña historia, mi pequeña vida. Ella será para tí la mejor respuesta.

Permíteme, entre tanto, un comentario a la tuya. ¡Qué bien habla tu don Juan! ¡Cuanto calor hay en sus palabras, y cómo vives tú la vida que él te pinta, con tan hermosos colores! ¡Cuanta ilusión! ¡Cuánto prodigo de memoria para acordarte sus mismas frases, todo su léxico! Y, cuánta juventud sobre todo, hay en tu modo de sentir. ¡Oh tiempos hermosos! ¡Cómo me recuerdas, Norma, mis esperanzas muertas!

Aun que tenga que herir mi sentimentalismo de mujer, voy a evocar un pasado que tu ignoras y que vive como una pequeña lámpara encendida en el altar que todas las mujeres, hasta las más descreídas llevamos dentro del pecho, para iluminar los recuerdos de nuestros tiempos de buenas!

Ese hombre que tu vés a mi lado a quien crees que amo, que parece me hace feliz, por que me da riquezas y todo, todo cuanto puede una mujer en su loca fantasía imaginar es . . . el no recuerdo ya que número de la serie . . .

Sí, comprendo el asombro que ha de causarte esta revelación; tu creías que este amigo mío era el primer hombre que me sacó de casa de mis padres, y que yo fuese una mujer feliz, al lado suyo. No, no es así, Norma. Oye lo que sigue: A los dieciocho años casé enamorada con un hombre joven, fuerte, sano de espíritu y de cuerpo. Además de su arrogante figura, era de una vivacidad mental envidiable. Como no fuese rico, tenía que luchar titánicamente el pobre Eduardo (tal el nombre de mi marido) para poder satisfacer mis gustos de mujer exigente y acostumbrada a toda clase de comodidades y caprichos. Por otra parte, él también tenía complacencias consigo mismo; gustaba de saborear la vida como un magnate. Esto, como es natural, producía trastornos, momento a momento en nuestras finanzas, dando lugar a que yo, olvidándome de que juntos habíamos malgastado nuestros dineros me enojase por no poder comprar un vestido o un sombrero que acabase de ver a alguna amiga o en alguna de esas revistas tentadoras. La verdad es que yo queriendo satisfacer a toda costa un placer vedado para mí, en muchos casos por mi misma culpa, volvíame interiormente contra él, imaginando toda suerte de aventuras para lograr mis deseos.

Eduardo era conmigo en extremo bondadoso. Había tanta ternura en sus ojos al mirarme, como nunca he visto en los ojos de otros hombres al mirar a una mujer. Con el mismo entusiasmo que me besó la noche nupcial, me besaba a los cinco años de casados. ¡Me amaba infinitamente más que yo!

Siempre estaba pensando en agradarme; rara vez volvía de su trabajo sin traerme algún objeto; en todos los detalles se veía la preocupación constante de su persona por la mía. ¡Como me quería!

Una vez (estábamos entonces en Europa!) fué necesario emprender viaje a París, por sus asuntos comerciales, ocasión que aprovecharía, naturalmente, para conocer la gran ciudad. El dinero que llevaba, sin ser mucho, era lo suficiente para haber pasado bien todos los momentos de su estadía. Pues, no señor; paseando por el bulevar Montmartre, vió, en los escaparates de una joyería, un sencillo, pero hermoso collar de per-



las; entró, dejó todo el dinero que llevaba y, al otro día, triunfante, se presentó en nuestra *garconière* de Milán. ¿Ves tu si me quería? Bueno sigo.

Hacia seis años que nos habíamos casado. Tuvimos que ir a México, porque a Eduardo le nombraron representante viajero de una fábrica americana; viajábamos juntos, hospedándonos en los mejores hoteles de las poblaciones que visitásemos. De vuelta de una larga gira por el interior de aquel país, hicimos temporada de descanso en Vera-Cruz, donde conocí a un joven, de una principal familia mexicana, de cuantiosa forma, de elegantes maneras; además lo que se usa decir un «buen mozo» en toda la acepción de la palabra.

No había lugar donde yo fuese que no estuviese él; habíase convertido para mí en la sombra de «Los Magiares». Conforme salía mi marido ya llegaba un ramo de flores y una carta. Al principio rechacé todo; pero un día se presentó el negrito que él me enviaba siempre, con una carta y un anillo deslumbrante.

Yo no sé lo que sentí en presencia de esa joya; aquello fué algo indescriptible. Corrió por todo mi cuerpo una chispa eléctrica; y aunque apartaba los ojos de la joya la veía en toda su resplandor como en un ofrecimiento voluptuoso. Temblando entre mis dedos la carta, apareció abierta, yo no sé, como! Porque la leería Dios mío! . . .



¡Cuantas y cuan bien dichas eran las promesas de un nuevo amor! Tanta ternura había en la perfumada carta que toda mi alma de mujer se sintió magníficamente agasajada. Y entre la carta y la joya había tanto sitio para mi coquetería femenina, que, olvidándome de que había jurado amor a un hombre, que me amaba como nunca me amará nadie, acepté la cita que me pedía en su carta, el encantado galán.

Y tan convincentes fueron sus palabras, tan eterno debía ser el amor que el sentía por mí, tan tentadora es la fortuna con su brillante cortejo de oropeles, que yo, a los tres meses justos de haber llegado a México con mi marido, huía con mi amante para Nueva York: De allí a Londres; luego a París.

El enorme placer del lujo que yo sentía entonces, las suntuosas comodidades, los homenajes de todos los amigos de mi amante que eran muchos, hicieron que no me diera cuenta de lo falsa de mi situación.

Sucedío lo que ahora sé que siempre sucede. Una mañana mi doncella me trajo en la misma bandeja del desayuno, una carta; era de él. Muy breve, (hasta eso) sólo decía: «negocios urgentes me impiden continuar a tu lado. Te dejo veinte mil francos; todo lo que hay en la casa es tuyo. Perdóname.

Una horrorosa realidad empezó a abrirse ante mí.

Lo que yo sufri, no es capaz mi pobre pluma de contártelo. Me vi sola.

¿Sabes cuanto quiero decirte con esto? Uno de los amigos de mi ex-amante, un tal Luis, muy alegre y muy calavera, se presentó una tarde, según él me lo dijo desfachadamente «a hacerme compañía.» Después de intentar consolarme, empezó un escarceo amoral, que yo rechazé indignada. El ¿lo creerás? no se dió por entendido; al contrario, se creyó alentado en sus aspiraciones, llegando hasta proponermel que le acompañara en su vida que llamó triste. Le despedí inmediatamente. Al irse me aseguró que estaba completamente a mis órdenes, para cualquier emergencia . . . ¡Qué canalla!

Sin embargo, yo no sabía que sería de mí; sentía como si mi vida se hubiese detenido en una encrucijada, sin saber que rumbo tomar. Me encontraba en una perplexidad como nunca me había encontrado.

Así fueron pasando los días, desfilando sus horas monotonamente grises, tristes . . . Algunas veces, para distraerme, iba a los mismos lugares que antes visitase con mi amante. Las demás mujeres al verme sola, allí que tan raro es eso dieron en llamarla la «Sonámbula Americana». Desde entonces no fui más. A los cuatro o cinco meses se me terminaron los veinte mil francos, que yo llevé a imaginarme inagotables. Nuevo conflicto. Y bien: me acordé de Luis el amigo triste . . . y le escribí, pidiéndole dinero. Ciertamente, vino, me dió dos mil francos y me propuso cosas . . . a los diez días le acepté.

¿Que te creerás? Enseguida se instaló en mi propia casa, donde pronto se hizo imperiosamente el amo, cobardemente, miserablemente . . . ¡Qué tipo el tal Luis!

Sus amigos venían a visitarle a la vez que para jugar al poker.

Luis había llegado a dominarme de tal suerte que me obligaba a participar del juego; al principio, me desagradaba, después fué el poker y el *champagne* tal compensación para mi dolorosa vida que me aferró a ellos con toda mi alma.

Le tomé afición al juego. No pudiéndole pedir dinero a Luis, cuando yo perdía, porque por lo general él estaba siempre en pérdida, pedía a alguno de los amigos. Al principio me dieron, solícitos; más tarde empezaron por pedirme un beso; hasta que terminaron comprándome una hora de amor por cien lises.

Y esto como todo tuvo su fin. Los amigos no vinieron más, y Luis me obligó a vender mis joyas y todo lo de la casa porque a él se le había acabado el último franco.

Nos fuimos a un hotel; pero a los pocos días desapareció sin decirme una palabra. Me vi de nuevo abandonada en París. Pero esta vez en peores circunstancias: Luis se había llevado lo poco que me quedaba. Fué en esta ocasión cuando conocí a mi amante actual.

Ahí tienes, Norma, en lo que vienen a parar las promesas de los hombres, que nos invitan a salirnos del círculo que nos ha trazado la sociedad.

¿Que será en adelante de mi vida? ¿Cuál es la perspectiva que se presenta ante mis ojos? Ya sabes tú que no tengo a nadie en el mundo; mis padres muertos, me repudian mis hermanos; al hombre que vive a mi lado no le amo. Mi «belleza», mi buen parecer pronto se marchitará; y cuando los años empiecen a blanquear mis cabellos, (si es que la bienhechora muerte no viene antes) ¿que será de mí?

No, Norma, no hagas semejante locura. Aprende a querer hasta la más mínima cosa de tu hogar; mira que el inefable calor que en él se respira, no lo hallarás en ningún otro lado. ¡Tu no sabes lo que es perder el derecho de tener un hogar! Si no amas a tu marido, estimale. Tu y yo convenimos en que es muy bueno y porque todo ser que quiera ser feliz ha de tener una preocupación espiritual, un algo que compense, en el ocaso de la vida, la enorme tarea de haber vivido.

Créele a tu pobre amiga que te abraza.

Julia.

PEDRO CABRAL ESTEVEZ.



Lea Vd. ANALES MUNDANOS porque a la brillantez de su composición literaria, une la brillantez de su composición artística



CRÓNICAS ANTIGUAS

DE SABOYA EN VILLE



Seguros de que nuestro público distinguido ha de saborear esta interesante producción, publicamos enseguida la crónica que escribiera el inteligente crítico social doctor Teófilo E. Díaz (Tax), sobre el baile que en honor del Duque de los Abruzzos, ofreció en aquella ocasión el Ministro de Inglaterra Mr. Baring, recientemente fallecido en Londres, y que tan brillante puesto supo adquirir en todas nuestras esferas mundanas.

El tercer hijo del primer matrimonio de Amadeo (que trasportado a raíces del griego se convierte en tocayo de *Tax*, amante de Dios o sea Teófilo), recorriendo tierras lejanas pero amigas, como derivación de la educación de los príncipes, fundada en el convencimiento de que el poder útil emane de Dios o de los hombres, es el que se ejercita con la inteligencia y los atributos brillantes de la persona, — fué anoche objeto de precioso homenaje.

Permitásenos una discreción.

Así como existen hombres de genio que mueren ignorados por no haberse presentado a su paso la concurrencia de fuerzas para mostrarse, existen personas con muchas inclinaciones a figurar en el Almanaque de Gotha, las cuales pasan su vida resentidas con su modesta procedencia, suspirando porque Dios no les ha dado sangre azul.

Esos aspiran a ser príncipes pero no a ser reyes.

Juzgan que la posición de príncipe es cómoda. Tienen *apanages*, tienen consideraciones y no tienen responsabilidades; se dicen... y juzgan que la vida de los príncipes está asegurada contra tristezas y mortificaciones.

El verdadero príncipe es el que realiza aproximadamente sus legítimos ideales, con criterio discreto y sin esforzarse por transformar la esfera en que ha nacido. Así resulta que un príncipe puede no serlo si por razón de su temperamento o de sus preocupaciones o por pasiones educadas en la extravagancia, lleva en su interior como un eclipse la sombra de la mortificación o del hastío.

Nada más difícil que la educación de un príncipe.

La sangre azul puede perder su color de pureza, si los atributos brillantes de la personalidad humana no están acumulados en sus glóbulos.

Contrariamos con estas vaguedades del pensamiento, mucho más caracterizadas de vaguedades ante la notoria excelencia de la persona del Duque de los Abruzzos, a los que cuando llegan príncipes a su país sueñan con figurar en la nobleza.

Una de las manifestaciones más curiosas, es la fruición con que se ponen en sus tarjetas una retahila de nombres de pila.

Imitan así a la acumulación de nombres que en bautismos reales tienen una significación de cortesía por las dignidades de la misma familia o por las de otra casa real hacia quien convenga demostrar sentimientos de afecto.

Como es común que las grandes preocupaciones de los príncipes mortifiquen en mucho las expansiones íntimas, la reproducción de los reyes es generalmente parca, y en consecuencia, el bautismo de un heredero probable acumula sobre su cabeza una serie de nombres de pila como impresiones de tranquilo amor o veneración por aquellas personas que hayan acompañado con su presencia o con el pensamiento las excitaciones del embarazo y los sobresaltos del parto regio. Aquí empezamos a apartarnos de la discreción.

Amadeo, sin embargo, no desmintió el apasionamiento de su estirpe, casándose dos veces.

Con María del Pozo della Cisterna en Turín el 30 de Mayo de 1867.

Con la princesa *Leticia*, princesa Bonaparte, nacida el 20 de Diciembre de 1866.

El duque de Aosta nacido en 1845 se casó con *Leticia*, teniendo tres hijos de la primera esposa, — en el año 1888.

Se casó pues Amadeo a los 45 años de edad con *Leticia* que apenas tenía 22 años.

Murió Amadeo a los dos años de su segunda boda, dejando un solo hijo: Umberto María Victorio Amadeo José.

El casamiento fué sin duda desproporcionado y la naturaleza defensora de sus leyes arrebata con la angina al pecho ú otro monstruo implacable a los que confiando en sus músculos por largos años ejercitados, creen poder acompañar brazeando, a las nacientes ondinas del amor.

La altura más culminante de la región de los Abruzzos es el Duque venciendo las cimas más elevadas de los montes Apeninos.

Luis Amadeo José María Fernando Francisco, Duque de los Abruzzos.

Así se llama el guarda marina que ha llegado a nuestras playas y a quien la Legación de Inglaterra ofreció el suntuoso baile en la noche del 5 de Agosto.

Los hombres tienen sus épocas de brillo durante el día, como tienen temporadas de lucimiento exclusivo durante la noche.

En el primer caso, se parecen a los gallos ingleses con su cresta apoplética y un cacareo pacífico, con la mirada vivida y su andar prudente y ágil.

El gallo inglés es animal diurno.

La tardecita lo rinde hasta que el lucero del alba le devuelve su vigor y su brillantez, anunciándose con sus vecinos por medio del canto más o menos vigoroso según las edades, el estado de salud de las gallinas y el número probable de los coloquios del día.

En el segundo caso, cuando los hombres están en tanda nocturna, se parecen a los *bull-dogs* que están embrutecidos durante el día, debajo de la mesa del amo, y al llegar la noche, las sombras del campo alumbran sus ojos, sacuden la pereza de sus nervudas patas, estiran su enorme cabeza como casco de buzo, y se lanzan a las cuevas a sorprender zorrinos y comadrejas.

Es indudable que la mujer de alta sociedad es nocturna.

La preocupación de que al día solo resiste la edad de las niñas, tiene su fundamento, porque la naturaleza concede a la mujer tintes más fuertes, vigores más decididos, voluptuosidades particulares que no aparecen durante el curso del Sol, animaciones de su espíritu, frases creadoras, deleites románticos que son estrellas, y de día, naturalmente, no se vislumbran.

En la concurrencia masculina, pues, había dos tintas.

Los que estaban mal como gallos, con deseos de dormir, y los que estaban perfectamente alerta como perros.

En el cosmopolitismo tan característico de un baile de Legación, resultaba fundamentalmente que todos teníamos atributos ingleses, puesto que, tanto el gallo dormido de noche como el perro fantaseando en las cuevas son oriundos del colossal Imperio Británico: gallos ingleses y Bull-Dogs de la misma procedencia.

Los señores tienen la comodidad en los bailes de tomar el papel que se les ocurra.

Las damas se encuentran en una situación menos cómoda, porque no pueden abandonar la escena del baile, o la *mise en scène* a que están obligadas presentándose cada una con su vestido más o menos rico o más o menos original.

Si dos señoritas se presentasen con dos vestidos iguales de cierta fantasía, aparecerían haciendo el efecto de literatos que se plagan.

En un baile, las damas presentan sus *toilettes* como los alumnos de literatura sus composiciones.

Los hombres se presentan iguales, diferenciándose en pequeños detalles aristocráticos que son símbolos de méritos morales, como las cruces y las medallas, y desde luego, no transforman el traje ni velador de las figuras masculinas, en las grandes recepciones.

Las señoritas estaban bien todas: nocturnas por su naturaleza, en un espléndido baile, sus atributos debían forzosamente lucir en la esfera respectiva, como en una colossal redoma de cristal, bullente de truchas asalmadas, dorados encantadores y pescaditos de colores.

Madame Baring, cuya simpatía por nuestro país y por nuestra sociedad de damas si no es proverbial, porque la señora es un espíritu independiente y no se sujeta de una manera absoluta a esa rutina convencional de disimular todos los pensamientos, como derivación de un espíritu observador, culto y de estilo propio es para los que penetramos más abajo de la superficialidad de las cosas, un hecho bien demostrado.

Madame Baring es siempre amabilísima con todos sus amigos y tiene predilección con las amigas de su *bijou*, de su esposo que forzosamente tiene que hablarle en brasílero, cuando al llamarla le dice: *Mi Nina (minina)*.

Los espíritus observadores son críticos sinceros, y este atributo perjudica generalmente el conocimiento exacto de los sentimientos íntimos de aquellos espíritus.

Nosotros, que padecemos del mal de ver hondo, y de recibir las tristes impresiones de que se nos juzgue equivocadamente, podemos ser jueces imparciales de las cualidades que caracterizan a Madame Baring, llena de condescendencias de buena amistad para sus relaciones distinguidas.

Ese afán que en otras señoritas de la diplomacia o de la alta posición se traduce por un amor propio legítimo, y desde luego nada censurable, de experimentar el placer íntimo de ser agradable y de recibir ciertos aplausos por sus recepciones preparadas con coquetería, con arte y con conocimiento de la elegancia nítida; en Madame Baring, se traduce por ofrecer a todos el bienestar de la vida sociable, el ambiente embriagador de las *soirées* de la galantería regia, sin preocuparse de los halagos que ella pudiera recibir.

En la casa Baring prevalece esa espontaneidad y sencillez de la verdadera aristocracia que oscurece el fausto de la exterioridad por el bienestar y la comunicación sincera de ideas y atenciones que se creen y que se sienten sin reticencias ni disimulaciones, y que es el fausto agradable de las almas buenas.

Los bailes son más o menos impresionables, según la *tessitura* conocida de los dueños de casa.

Cuando se asiste a la Legación Inglesa, todos tomamos parte en el concierto con la seguridad de que no nos expondrán a *desafinar*, exigiéndonos un repertorio ridículo de música inhumana.

Desde luego, en la noche del 5 de Agosto, nadie hubiera podido disputarle la altura al Duque, cuya apostura y su mirar noble, se armonizaban con los estrépitos históricos de la valiente casa de Saboya.

Parecía un tenor muy superior al resto de la compañía.

El concierto resultó digno de *literaturario* (inventando el término).

—Somos nosotros los que podemos hacerlo?

Los uruguayos que no tenemos montaña de alta cima, ni agricultura próspera como la Bohemia o la Alsacia, o el Piemonte y Livorno, o las campañas de Exmoor, ni minas de oro sino ricas en la superficie del terreno y en las superficialidades de geólogos ilustres, tenemos una cualidad muy peculiar y que consiste en no asombrarnos de nada por más estupendo que sea.

El mismo efecto nos hacen los grandes museos, como los grandes terremotos, como las grandes personas.

Resulta de esa despreocupación que todos pueden ser literatos, que todos pueden curar sin ser médicos, que todos pueden defender sin ser abogados.

Nosotros escribimos como uruguayos y no como literatos.

No tomamos las fotografías del paisaje, sino describiendo impresiones personales cuando ellas iluminan nuestra mente con vivo colorido de escenas halagadoras.

Por primera vez nos presentamos de monóculo con el solo objeto de contemplar la felicidad ajena, bien seguro de que no son los salones de baile de Madame Baring, campo de conquistas para nosotros.

¡Qué lástima no poder conquistar y que desgraciados los jóvenes aptos para ello, teniendo que limitarse a una sola de las 40 visiones del Baile de Madame Baring!!

Aquello parecía un *meeting* en el momento en que todos se agitaban en el salón de piso de mármol.

Una curiosidad de conocer al príncipe dió en cierto momento a la lujosa multitud, el aspecto de esas reuniones de gente que se apiña para contemplar en un boulevard o en una plaza, a un monumento que se descubre o a un orador que los emociona.

El Duque de los Abruzzos debió presentarse en el baile con zancos, de modo que su simpática cabeza figurase sobre el nivel de

nuestras estaturas y pudiéramos sin viborear, rozando pecheras de diversos matices, llenar el objeto de nuestra curiosidad.

Al tenor Tamagno con unos botones de camisa muy elegantes, raros y bonitos, se le miraba como *pendant* del príncipe y en un limitado círculo de *dilettantis* se establecía el problema siguiente, acercándose Mascheroni con una gargantilla colorada y la cruz de San Mauricio. *¿Cuál de los tres prefiere usted?*

—Yo a Mascheroni, porque es indirectamente el autor de las noches de arte de Solis.

—Yo a Tamagno, porque sin ese coloso, Solis decaería.

—Yo al Príncipe, porque sin la casa de Savoya, Italia ya no existiría, y los Mascheroni y los Tamagno no hubieran podido desarrollarse.

Sofía Platero con su estatura superior a las de nuestras muchachas, hubiera opinado probablemente por el príncipe.

Estaba en traje regio. Blanco con adornos de perlas y alamares semejando panales de colmenas llenos de miel.

No la vimos pasear con el príncipe, pero nos figuramos que la pareja hubiera sido muy correlativa.

Lastenia Balparda con esa tranquilidad de espíritu, con ese convencimiento de que es una figurita artística, con esa continencia de reina montevideana criolla, se paseaba como ave volando en vuelo parsimonioso.

—Su traje era esmerado y coqueto con unos pompones de varios colores al rededor del descote trigueño, como florecitas siguiendo la orilla de arriste de musgo.

Matilde Biraben extendiendo la mano a Lastenia era como el encuentro de dos reinas.

—Su traje nevaba perlas en medio de los hombros armados en tela amarilla como la falda.

—¿Son ustedes verdaderamente amigas o tienen rivalidades? . . . las reinas no se quieren bien . . .

—¡Qué exageración! . . . eche una mirada a Clementina Sosa Díaz, dijo Matilde.

Lastenia agregó:

—A mí me gusta como reinita, Socorro Martínez.

—Vestida de color incendio . . . incendio de parva de pasto, en noche de San José, como altar ardiente erigido al santo de las novias.

—El traje de Clementina es de un gusto nuevo. Tiene rayos rosados de cajas de bombones, sobre fondo de raso blanco.

—Esa frialdad de Clementina le dá un mérito extraordinario.

—Pálida como el nardo.

—Lo felicito por la novedad de la comparación.

—¿Usted suprimiría los nardos?

—No!

—Pues entonces yo tengo derecho como cualquiera a hacer constar una verdad. Yo no soy literato. Usted que es literato invente si puede.

—Usted se limita a introducir la invención. Es mucho más cómodo.

—Fíjese usted en los botones del traje de Clementina. Parecen medallones con pinturas alegres.

—Yo creo que no es traje para baile de gran etiqueta.

—En un baile tan concurrido los botones no lucen nada; ¿a qué santo ponerlos?

—También son caros.

—¿Cuando aparecerá el santo de la devoción de Clementina?

—¿No se le conoce ninguna simpatía?

—¡Qué buena pareja con el Duque de los Abruzzos!

—La verdad que es muy aristócrata Clementina! . . .

Matilde Biraben decía a *Tar*—Póngame una humorada en mi *carnet*.

El crítico leyendo todos los números comprometidos, escribió:

—Este *carnet* lleno, pesa menos que vacío, como el cántaro lleno de agujeros.

—Usted está con borbollones de sangre azul. No le parece bien esta noche sino el Duque.

—Está en error. Yo también me considero muy bien . . .

Otra Matilde vestida de blanco y oro—Matilde Brayer—con una manera un poco *farouche*, como si tuviera temor de fascinar con su sonrisa y su boca extraordinariamente seductora, emitiendo la voz de un modo extraño y dulce como instrumento de cuerda por sacudimiento de electricidad, mantuvo un diálogo con nosotros estando del brazo del doctor Rivière.

El doctor Rivière inspiraba por envidia ideas subversivas.

— O es Vd. un río y en tal caso es el momento de desbordarse, poniéndose de rodillas con palabra de casamiento como en *Primavera* de Blixen; o es Vd. una rivière de piedras preciosas, y en ese caso se va Vd. donde sus piedras puedan tener mérito — al lado de Matilde sus piedras son químicas.

Las debutantes lucían un *apronte* que nos hacían recordar *nuestros tiempos mejores*.

En esta frase escrita sin doble sentido, ha resultado un *calembourg* hípico que denunciamos apresuradamente para establecer nuestra más completa inocencia.

Hemos pensado largo rato si alguna potranquita del año podría ser comparada con una joven debutante.

Ni *Colombia*, hemos pensado.... hija de *Gay Hermit* nada menos.

Nosotros no tendríamos escrúpulos en aceptar la superioridad de *Gay Hermit* respecto de algunos señores; pero nuestro entusiasmo *sportivo* no nos lleva a aceptar la comparación de sus productos con las divinas creaciones que se presentaron por primera vez anoche.

Todo el mundo decía que eran cuatro las debutantes: Sofía Gómez Cibils, presentada por el mismo autor que se tiene fe con muchísimo razón como primer escritor en competencia con don Clodomiro de Arteaga.

Arteaga venía ocupando el primer puesto con la presentación de Magdalena, pero Pancho con su nuevo producto: *Sofía Gómez Cibils* ha venido a igualar su fama de primer cinec de Montevideo.

Lo que dijimos un día a María Luisa, su brillantísima hermana, que lucía en el baile un traje blanco de raso con corrientes de perlas, podemos repetir a Sofía, con su traje blanco con jazmines y sus cabitos verdes alrededor de su descote de hojas de azahares.

«Es como repentina aparición de una santa, con su aro de luz, suspendida en el espacio, con su traje blanco de escarcha o de nubes».

Bebé Fuller, que fué adivinada por Tax sin ser presentada, y sin haber tenido antes la más mínima referencia sobre su persona o su traje.

— Esta es Bebé Fuller, dijo Tax, recibiendo una impresión muy delicada de la figura de la debutante.

— Efectivamente es ella.

Como Tax no tenía nada que hacer en el caso sino seguirla un rato, sin que el precioso bebé rubio lo admitiera, Tax pasó a otra cosa y cuando maquinalmente quiso apuntar el nombre Bebé Fuller, desistió repentinamente de hacerlo, diciendo para sí:

— Esta clase de *bibelots* no se olvidan.

¿Por qué los alemanes no han de poder alguna vez presentar un *article de Paris* por su fineza dentro de las exterioridades de las bellezas del norte?

Elisa Vázquez Varela tercera debutante de blanco follaje verde, con el pelo negro formando onditas, de aparente despreocupación en oposición a la corrección de Moussion que tiene el grave inconveniente de destruir la naturalidad de preciosos rostros como las barbas rizadas daban a la fisonomía una impasibilidad de figuras de marmol.

María Inés Lezica, con la displicencia regia de las Larravide, será una de las mujeres más hermosas de Montevideo.

Sus ojos negros, sus líneas esculturales anuncian el esplendor de las de su raza única capaz de haber podido con el matrero Carlos Camusso. Tiempo al tiempo.

Nosotros colocamos otra debutante: Rosaura Demby.

Su elegancia era deslumbrante.

Nos permitimos preguntarle: ¿Su vestido es de aquí?

Así como el vestido de Matilde Biraben nevaba perlas del descote, el traje de Rosaura nevaba jacintos nuevos, admirablemente puestos por la modista de moda de Buenos Aires.

Carmen Perey con hombros de tulles blancos armados como alas de aguacil.

Hacía el efecto de esas mujeres que no entran en competencia de clasificaciones.

Julia Calamet con un traje que hacia idear a la Petri en el primer acto de *Manon*, verde luz y grandes flores Bourgogne, en los hombros.

En el descote una media luna, de sombra semejando eclipse parcial de astro sombreado por su luz en conjunción con un nuevo festejante.

La Marquesita de Capurro con su distinción escultural y de fina

cultura social, reclamando más espacio para pasear su figura aristocrática.

La miramos mucho, y la seguimos mirando, á medida que su belleza vaya elevándose en el espacio, a diferencia de la luna de Gioconda que descendía a esconderse en el fondo del mar.

Albana Hamilton, Ester Azevedo a quien ya no tenemos nada que decir como discípula que ha concluido los cursos y se presenta igual con sus mismos atributos y encantos; María Luisa Díaz, á quien saludamos dos veces, con intención de fortificar simpatías oficiales; Teutonia Netto que nos pasó un *súpreme de volaille* en el ambigú, sin fijarse en que ya estábamos servidos de lo mismo Linda Talice que no sabíamos que ella era la *linda* de las Talices, sorprendiéndonos de que su bautismo hubiera coincidido tan cabalmente con los atributos concedidos por la naturaleza; María Ordeñana como prueba del romanticismo de Enrique Lemos, empeñado en que se le crea positivista con sus corbatas á lo Moussion; María Gurmendez pura como una oración de bebés, Elena Lafone, inteligente y festejada, como una de las primeras figuras de aquella redoma de sorpresas; la señorita de Tamagno con sus ojos azules como tinte del cielo del arte; con sus aros grandes de odalisca como argollas de oro para pajaritos *Mignons* del Africa; Sara Saez, que de rosado clarito tenía, pasando, de tfmidas luces; Nina Baring, á quien colocamos última interpretando sus sentimientos, como fakir de sus elogiadas amigas.

Madame Baring y la señorita Nina vestían trajes del mismo color — color remolacha, — legumbre de moda ante los nuevos aientos de las industrias de azúcares.

— Madame Baring ¿quiere Vd. tener la amabilidad de ofrecerme una tarjeta para el ambigú?

— Vous avez vu, tous ces jeunes gens et vieux gens aussi sont entrés six ou huit à la fois dans la salle à manger.... Il faut soigner la porte....

— Mais madame, vous comprenez que je suis un gourment et je ne suis pas capable d'entrer sans autorisation. Croyez à mon amitié....

— Venez diable... vous êtes un diable... je ne crois pas beaucoup... mais enfin.

La señora Baring nos condujo amablemente diciendo al encargado de la puerta de la mansión de Luculo.

— Monsieur Tax, seulement... prenez garde... fermez la porte; ils vont me ravager.

Qu'est-ce qu'il fait ce éléphant de Nariza, non; il n'a pas d'énergie. il connaît tout le monde il se laisse monter le cou. C'est la ressemblance précisément d'éléphant avec la girafe.

Desde la señora de Idiarte Borda, espléndidamente vestida, acompañada en presentación lujosa por Malvina Horne de Vidiella que en vez de desmayarse, nos hizo desmayar de admiración á los viejos amigos, siempre conservando un buen pensamiento, sin interés alguno de recomendación, bien entendido, al futuro Presidente del nuevo Banco, — hasta Panchita Belgrano, vestida de blanco con un alguacil de rubies y brillantes, que conocimos hace treinta años en la vidriera de Carassale, y la señora Platiero de Nery, también de blanco, un poco retrafidas y tristonas porque se las había hecho retirar de la mesa, demasiado pronto, — todas decíamos, ofrecieron *el resto* en sus toilettes y peinados.

Josefina Alvarez de Perey que miraba á su hija como á su propio retrato de sus primeros tiempos.

La señora Alvarez de Calamet que había pasado en retiro algunos meses, hizo su aparición, con un apronte excepcional.

TAX

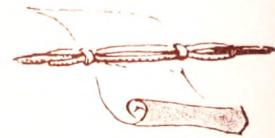


ANALES MUNDANOS es sin duda alguna la primer revista americana y similar a las mejores de Europa, tanto por la suntuosidad de su formato, como por la selección de su material

Anales s Mundanos

Siluetas Femeninas

por H E L L



Señora María Helena Requena de Rodríguez Larreta

Señora Sara Narbondo de Brum

Señora María Carolina Regules de Castellanos





Señora Hernestina Rodriguez de Riet Correa



Señorita Sara Blanco Acevedo



Señorita Lucia de Argerich.
(De la sociedad porteña)

Reproducción de un pastel de HELL



Señora Carmen Cuestas de Nery

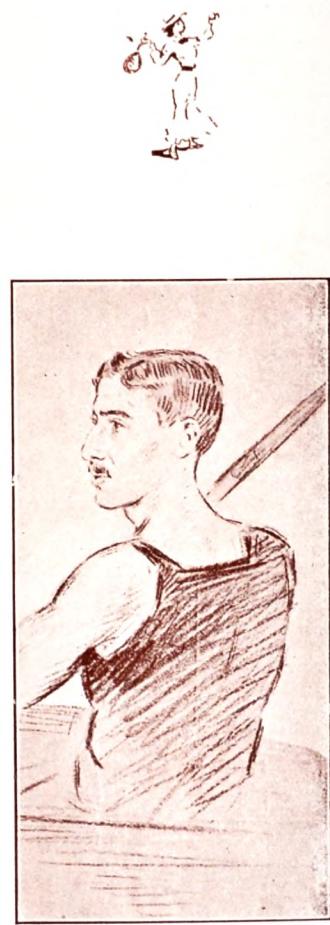
DEPORTES



Mrs. Brown



Prudencio Ellauri Victorica



Alfonso Salterain Balparda



Juan Carlos Risco Sienra



Mrs. Henderson



Mr. Brown



DE GALA PLACIDIA Sobre "ANALES MUNDANOS"



La dirección de ANALES MUNDANOS, se ha sentido lealmente reconocida a los concepcionados elogios que desde las columnas de nuestro colega EL PLATA se ha dignado dirigirnos hace algunos días por medio de un brillante artículo; la inteligente escritora doña Marta Costa de Carril, quien bajo el prestigioso pseudónimo de Gala Placidia, se ha impuesto en nuestro medio ambiente, como árbitro en materia de arte social. Los elogios de la distinguida escritora, es la más digna ofrenda que podríamos recibir, como premio a la labor emprendida. El artículo que enseñada publicamos sirve pues de portada de bronce a este número de ANALES MUNDANOS.

CUANDO salió el primer número de la revista ANALES MUNDANOS, no me fué posible dedicarle unas líneas que fijaran mis impresiones porque la revista llegó tarde a mis manos, y ya cuando el público la había recibido con esa simpatía con que se recibe a un amigo largo tiempo esperado. El elogio entonces que podía tomarse como una reclame era inútil. Hay cosas que se recomiendan e imponen por sí solas, que no necesitan la sugerencia de opiniones ajenas, sean ellas autorizadas o no, y hay momentos en que un libro, una revista, un diario, una pieza de teatro o una obra cualquiera, llega a tiempo, cae en un ambiente como un fruto maduro en medio de la avidez general y satisface el hambre que se siente. La sociedad presiente, espera con paciencia largo tiempo, luego su instinto le advierte que llega lo que anhela, es decir, lo que viene a colmar un vacío sentido y no explicado y entonces lo acoge con entusiasmo y esta vez, hay que confesarlo, se recibió la revista ANALES MUNDANOS, no solamente con entusiasmo, sino con sorpresa, y esta sorpresa ha sido grande e incrédula.

Cuando salió el primer número, la mayor parte del público que no creyó en los adelantos industriales de nuestro país, y menos en los artísticos, cayó de las nubes.

¡Cómo!... Una revista de corte europeo, elegante, flexible, perfumada de distinción, con maravillosas siluetas, de lápices conocidos, hábiles, finos, correctos y originales, llenas sus páginas de avisos pulidos, viñetas artísticas, mejores que las que traen nuestras revistas europeas, páginas literarias llenas de interés, tricromías, todo nacional, todo del país, todo nuestro... qué sorpresa... parecía increíble... Y aquí empezó el genuino pesimismo criollo, nuestro microbio de pura cepa, que ataca en cuanto surge algo bueno, algo amable, algo grande, algún talento que descuelga, algún artista genial, algo en fin que se destaca y que nos coloque a la par de lo bueno y excelente que hay en otros países más grandes y más viejos. La sorpresa no desarmó ni convenció a los atacados del microbio, y las bocas empezaron a traducir ese pesimismo, hijo de un sentido utilitario más que artístico. «La revista no dará su segundo número, verán como el material está agotado; Montevideo no es ambiente para una revista de esta clase», «no se costeará», aquí no hay temas interesantes, etcétera, etc.

Yo oía y callaba, o rebatía según el auditorio, porque hoy es difícil opinar con libertad hemos llegado a un punto en que una opinión aún sin intención de agraviar hace nacer rencores y enemigos como hongos venenosos. La razón es que pocas veces se habla entre espíritus que piensen y sientan del mismo modo.

Nuestra sociedad que se llama culta, es intransigente a veces demasiado. Ahora no hay centros sociales, hay camarillas, grupitos que se miran como los preciosos gatitos de un Zoo encerrados en sus jaulas. Cada grupo tiene ideas, talentos, ciencia, distinción, tendencias y méritos aparte, (así se cree) y cada uno también pretende ejercer la hegemonía social, como otra vez pretendieron y se disputaron la hegemonía civilizadora, Atenas, Esparta y Tebas. Padecemos de un mal olímpico... Nadie admira ni respeta sinceramente a nadie, y los sinceros, los pocos que tienen el valor de creer en muchas cosas y decirlas, son estimados como bichos raros.

Las medianías se dicen piropos de labios para afuera y esto simula cierta unión en nuestros elementos sociales que en realidad no existe. No hay discípulos; todo el mundo grande o pequeño es profesor de alguna idea, descubridor de alguna ignorada América. La solidaridad social que antes estaba unida por una misma educación y por idénticos hábitos o convencionalismos, la cadena de la tradición que nos sujetaba se ha roto. Muchos de sus eslabones están gastados, no conservan su vigor, las ideas modernas mal comprendidas y peor interpretadas han debilitado su fuerza moral, que existiendo podía volver a unirla.

Cuando todos estos grupos o camarillas se reunen en un solo centro o grupo al que todos aspiran a pertenecer sin saber por qué, nadie está a gusto, todos se observan con extrañeza, se miran de soslayo, se desconocen y la reunión parece una Babel de costumbres, ideas, hábitos y estilos, concepción de la vida, casi un carnaval moral y es entonces que no extraña al que observa y juzga sin pasión que haya tanta idea pesimista, malevolente, y que por eso, entre otras cosas, no se haya creído en ANALES MUNDANOS!...

Sin embargo, el segundo número de la elegante y preciosa revista ha aparecido, y su material artístico y literario es mejor, más consciente, más nutritivo, más cuidado aún que el del primer número... y entonces su segunda aparición ha suspendido y modificado el juicio de los escépticos, el inconsciente hablar de la «crítica sin ideas»,

de esa chismografíta perjudicial y destructora, sin anhelos generosos y que corre a los espíritus pequeños.

Ahora se cree en la revista y hasta hay ya infinidad de personas que comprenden que es un deber casi, sostener ese Álbum social que poco a poco como un mosaico veneciano irá uniendo con paciencia benedictina toda nuestra vida social, del pasado, del presente y del futuro, para formar el inmenso cuadro tradicional que como el de todos los otros pueblos ocupe en el mundo un sitio en la historia de las sociedades.

Somos jóvenes, es cierto, pero no hemos surgido de la nada ni somos consecuencia de uno de esos trastornos de la naturaleza, que borra islas e improvisa lagos o montañas en sismos movimientos. No somos tampoco una tribu nómada, nuestra tradición social está ligada a Europa. Las familias que descienden de extranjeros han abundado y aún existen, las genuinamente criollas también tienen honesta y gloriosa tradición, y todo esto hay que unirlo, evocarlo, conservarlo, darlo de ejemplo a las generaciones presentes y futuras, no para halagar vanidades personales que sin la continuidad nada significan, sino por legítimo orgullo nacional y colectivo, casi como un deber de patriotismo. Todo esto lo hará, lo puede hacer la revista ANALES MUNDANOS si se le ayuda como debe ayudársele, sin envidias ni críticas, sin manifestaciones de sentimientos pequeños que suelen en nuestro país hacer abortar obras o empresas dignas de encomio o por espíritu de contradicción hacer triunfar enormes equivocaciones que casi representan ofensas nacionales.

Ejemplo, lo que acaba de suceder en el asunto de nuestra Catedral, monumento ligado a toda nuestra historia política y social.

No han estado por cierto bien inspirados nuestros hombres públicos, al mirar con indiferencia o con demasiada pasión una cosa de tanta transcendencia. Ha sido un doloroso error el permitir que un señor Tal afrente un monumento nacional como es nuestra Catedral, desoyendo las voces de los que la defendían.

Hay hechos que desconciertan y que no están disculpados con ninguna pasión política ni filosófica. Lo que lamentamos las mujeres uruguayas (que en honor de la verdad no desconfiábamos de la justicia de nuestros padres de la patria), es no haber tenido bastante fe en nuestra fuerza moral, para haber presentado una solicitud en forma a las Cámaras implorando se expropriara el frente de Sarandí para conservar la belleza estética del edificio y la integridad histórica del monumento; y digo implorando, porque como mujeres, habríamos hecho un llamado al corazón de los legisladores y no a su razón. Creo que ésto no habría sido un movimiento de intempestivo feminismo, sino un acto justo y sentido de nuestros corazones de uruguayas, pues donde sabemos y nos lo recuerda la tradición histórica, que han escuchado «Te Deums» tantos héroes nacionales, en los tiempos en que los espíritus más sencillos en su virilidad no desdenaban pedir a Dios, que ayudara y bendijera sus empresas o sus glorias, creo es un recinto sagrado, que tiene un sitio prominente en nuestra historia nacional.

Las mujeres demasiado confiadas hoy lamentamos nuestra pasividad y sentimos.... ¿por qué no decirlo? un poco de sonrojo y humillación al ver la derrota, que una causa tan noble y justa ha sufrido. Y sentimos también, aunque tarde, no haber defendido mejor esa histórica tradición y esa Catedral que nuestros abuelos amaron y respetaron.

No era cuestión de culto, por más que para nosotros es una parte importante; era un caso de conciencia histórica que todos los pueblos, sean cuales sean sus evoluciones políticas, reverencian en sus monumentos.

Perdóñese esta digresión que ha brotado de mi pluma como brota la sangre de una herida mal cerrada.

Volviendo a ANALES MUNDANOS creo que nosotros que protegemos tanta revista extranjera, cuya vida social solo nos interesa a título de curiosidad, debemos ayudar y proteger esta revista nuestra, que irá enseñando a nuestras generaciones futuras la cultura de las pasadas, para que puedan ver que descendemos de caballeros y de grandes damas que han habido en nuestro mundo social; no uno sino muchos salones distinguídos y cultos, donde podrían copiarse hoy, las buenas y exquisitas maneras de otros tiempos: que siempre hubo amor al arte, a la música y que nuestras mujeres no solo han tenido fama mundial por su belleza, sino también por su distinción y sus exquisitos modales y sus virtudes.

Un sincero aplauso a los señores César Alvarez Aguiar, Carlos A. Castellanos y L. Hell, por haber hecho a la sociedad uruguaya contemporánea, tan precioso regalo.

Hay que ir adelante y perseverar...

GALA PLACIDIA

DE LA SEÑORA TERESA SANTOS DE BOSCH

(CARTAS A UNA AMIGA)

Milán, Mayo de 1914.



A mañana gris y tristes sueños, predispusieron mi ánimo a la melancolía, y resolví visitar el Cementerio. Veo desde aquí tu sonrisa, amiga querida, y oigo tu reflexión, «en vez de buscar alguna alegre distracción que alejase tus tristezas, te vas a buscar consuelo al Cementerio ¡que tuyo es eso!» Sí, muy mío; pero ¿qué quieres? Soy así y creo que si el espíritu tiene sus momentos de desfallecimiento hay que dejarlo gustar de la amargura de la tristeza para que la reacción sea más superior, y si a los propios dolores añadimos el espectáculo de dolores ajenos, a veces más terribles que los nuestros, el espíritu se templá en un verdadero baño de estoicismo y acepta sin rebeldía la cruz ¡la clásica cruz de plomo o de flores que todo mortal lleva sobre sus hombros!

Por la «Via Alessandro Volta» se llega a la «Porta Volta» que da acceso a una vasta plaza circular, ante la que yérguese imponente la mole lombardo-bizantina que constituye la hermosa entrada del Cementerio Monumental. En la parte del centro, con una altura de 43 metros, se eleva la cúpula del «Templo de la Gloria», destinado a guardar los restos de los ciudadanos ilustres y beneméritos de la Patria. Dos pórticos de arcos cubiertos forman una galería amplísima en forma de herradura que, partiendo de los lados de la construcción central, concluyen en dos templete laterales de 26 metros de elevación. Estas galerías, a las que se asciende por espaciosas escalinatas de mármol, están a 6 metros del nivel del suelo, y desde ellas se goza de una vista casi general sobre el Cementerio: éste tiene un área de 121 mil metros cuadrados.



CEMENTERIO MONUMENTAL DE MILÁN

En el «Templo de la Gloria» pude admirar la estatua en bronce que adorna el arco principal y que representa «La Gloria» obra de Pogliachi famoso autor de la puerta de bronce del Duomo de Milán. Ornan los muros mosaicos y mármoles regios y adornan la galería bustos de Verdi, Cantú, Ferrari, Manzoni, Cattaneo, etc. Perpetuan, también, la memoria de cientos de hombres ilustres, medallones, inscripciones y bustos de más o menos mérito — entre los que recuerdo el de Cavour, gran Ministro de Víctor Manuel; Garibaldi, el héroe legendario; el padre Jacobo, autor de «La Leyenda de Anzea»; Azeglio, escritor célebre; Luosi, Ruginelli, Borava filósofos y oradores; los nobles milaneses Visconti, Sforza, Gozzadini; matemáticos, físicos, médicos, poetas, militares.... Ponchielli y el célebre Leonardo da Vinci autores de las dos tan distintas Giocondas!

Todo monumento de menor cuantía ha sido eliminado y una comisión artística informa si se debe o no admitir tal o cual obra funeraria a fin de que el Cementerio Monumental de Milán sea digno de su nombre sumptuoso.

En dicha necrópolis existen bellísimas capillas dedicadas al culto católico, al protestante y al israelita. Hay también un horno y templo crematorio y una «morgue» instalado todo según los procedimientos científicos e higiénicos más modernos.

Entre las obras de arte que llamaron mi atención citaré «Fede e Scettismo», del escultor Butti; «L'ultimo bacio», de Svachelli; «Dolori» de Monti; «Vinto!», de Panzeri y la audaz concepción «Volo d'angeli che trasportano al cielo un'anima». Además existen infinidad de capillas sepulcrales de estilo bizantino, gótico, etc. en

ricos mármoles y bronces... Ante tanta magnificencia recordé aquella frase de Platón: «La mejor tumba es la más sencilla».

He visitado el «Asilo Mariuccia» fundado en homenaje á la memoria de sus extintas hijas por la noble dama Ercilia Maino-Bronzini, a la que tuve el honor de conocer y que fué mi guía gentil en la visita que hice a tan benéfica institución.

La altruista dama es de carácter energético y activo, amable, fina y muy cortés y de presencia distinguida. Se dedica, para noble distracción de sus dolores, a obras de beneficencia y su inteligencia y bondad la han llevado a ocupar la Presidencia de la «Unione Femminile Nazionale» Sociedad laica de obras caritativas, educadoras y morales, que lleva ya fundadas infinidad de escuelas, obradores, comités de defensa de los derechos de la mujer, trata de blancas, etc., en toda Italia.

En el Asilo Mariuccia — casa de corrección para niñas y mujeres abandonadas y descuidadas por sus familias — se les enseña a las refugiadas a cocinar, lavar, planchar, cortar y coser de modo que puedan utilizar sus conocimientos como un oficio; además, bajo la vigilancia y responsabilidad de la Dirección del Asilo, asisten a las escuelas públicas. El Asilo Mariuccia se sostiene por donativos, suscripciones y contribución personal de su altruista fundadora.

Es indudable, querida amiga mía, que la caridad lleva las almas hasta el trono de Dios para consolarlas inefablemente y cuanto más ardiente y sincera es la práctica del bien más hondo alivio se experimenta, como si del cielo nos vinieran rayos de luz y frescores de perfumes divinos!... Y al ejercer la caridad, ya sea material o moralmente, se cumple uno de los más sagrados deberes del rico para con el pobre, del sabio para con el ignorante, del iluminado para con los ciegos de espíritu — que no todo ha de ser «dar» dinero, hay que «dar» consejos, estímulo, valor al desesperado, al triste, al extraviado, al que ha perdido toda esperanza agotado por los dolores de la vida!... y esto es lo que practica la fundadora del Asilo Mariuccia lo que ha conseguido, con ese procedimiento, un ascendiente tal que en 9 años sobre 486 asiladas solo 10 han vuelto al mal... esas vidas rescatadas forman una aureola al nombre querido y respetado de la señora Ercilia Maini.

La tarde del último domingo la pasé en San Siro, el Hipódromo de Milán, con que orgullo recordé a nuestro elegante y hermoso circo de Maroñas! No creerás, como no creía yo a mis propios ojos, si te digo que este hipódromo italiano es de lo más pobre y cursi que se pueda imaginar ¡que sillitas! ya no se usan ahí ni en los ranchos de campaña. El palco no puede competir ni con la antigua «perrera» de Maroñas ¡que caballos! buena rechifla se llevarían de presentarse en la pista montevideana. Te confieso que veo mucho bueno, notable, digno de admiración, de veneración y que al conjuro de no sé qué mágico poder quisiera ardientemente trasladar a mi patria lejana... pero también declaro que cosecho observaciones que son la más amplia decepción y que me dan alta idea de lo que somos y del adelanto positivo e innegable de la tierra querida.

No puedo dejar de mencionarte una visita a la iglesia de «Santa María delle Grazie». Construida en 1465 y recientemente restaurada es esta iglesia una de las más antiguas de Milán; muy curiosa por las terra-cotas que adornan su exterior y su característica cúpula. Además de notables pinturas que decoran el interior de la iglesia debidas al Ferraio, al Fiammingo, al Bramantino, etc.; en la sala del refectorio del convento al que pertenece Santa María delle Grazie, se conserva el célebre fresco «La Cena» de Leonardo da Vinci, del florentino inmortal que se hizo maestro en todos los ramos del arte y de la ciencia y que fué músico, arquitecto, escultor, físico, escritor, ingeniero y pintor! Los años no han tenido poder suficiente para destruir ese magnífico fresco del que en vano los copistas han intentado imitar la perspectiva, el ambiente y las distintas expresiones admirables de los semblantes de los apóstoles animados por tan diversas cuan profundas sensaciones al oír la divina palabra de Jesús: «En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar a traición y ese... está comiendo conmigo!»

Con ternura se despide hasta pronto.

Teresa Santos de Bosch



HALL PAR HELL

Le peintre Richard Hall avec ses 52 toiles exposées chez Catelli a obtenu un très vif succès.



Il est un peintre de portraits habile et conscientieux qui connaît à merveille tous les secrets de son art; sa palette est vigoureuse et son dessin très ferme rappelle la manière anglaise. Cette exposition m'enchante parce qu'elle est une revanche et un dédommagement de ces mauvaises exhibitions de soi-disant portraitistes, titrés fournisseurs de cours etc., qui nous

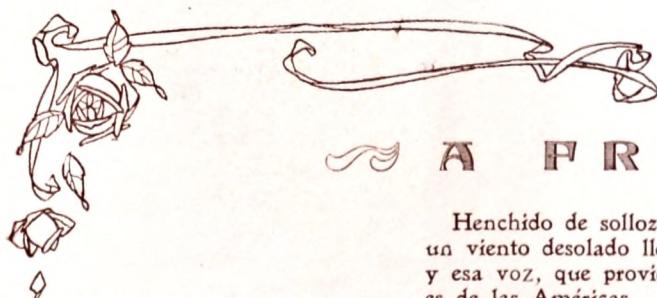
ont inondés de leurs charlatanismes * et qui malheureusement trouvent ici, qui les encourage!

C'est donc une vraie joie de voir le public rendre



justice au vrai talent denué d'artifices tout de conscience, de vigueur et rempli de charme.

* Le charlatanisme a toujours existé et spécialement en peinture où la bonne foi et la crédulité du public sont souvent trompées, et où les décorations, distinctions, et titres n'ont existés que dans l'imagination du peintre spéculateur et sans scrupules — qui ne possède d'autre talent que celui de l'intrigue et de la tromperie. — L. H.



A FRANCIA

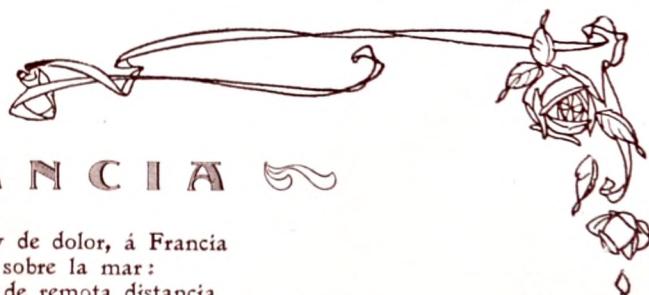
Henchido de sollozos y de dolor, á Francia
un viento desolado llega sobre la mar:
y esa voz, que proviene de remota distancia
es de las Américas... que se han puesto a llorar,

Y es que allá, bajo el odio y el horror y la injuria
los cazadores trágicos tocan el « halalí »;
y al soplar nuevamente sus alientos de furia
se cree ver la boca de Huítzilopoxtlí.

¡ Parece que los torvos demonios del pasado
se hubiesen despertado para infestar la Tierra!
¡ Si en contra nuestro un rojo pendón se ha levantado,
es el pendón sangriento de un tirano: ¡ la Guerra !

¡ Surja la paz bendita como bendito aroma,
la paz que anuncia el alba con su clarín de luz,
la paz que promulgaron la bíblica paloma
y el Angel y el Apóstol y la Cruz de Jesús!

¡ Fraternidad gritemos! ¡ Que un himno de esperanza
sus notas fraternales lleve de Norte a Sur;
y qué un águila inmensa, cual signo de bonanza,
se cierna majestuosa sobre el sereno Azur... !



Las áureas Marseillesas de heroica resonancia,
son para nuestras almas un canto de ilusión,
y cuando en nuestro oído vibra el clarín de Francia,
vibra a compás el ritmo de nuestro corazón.

Porque la Francia siempre será como una estrella
que al cielo americano su lumbre ha de prestar;
porque de nuestros sueños la dulce Patria es ella
y es de todos los hombres el verdadero hogar.

Y tú, Paris, tú, Maga del Arte y la Belleza,
arranca a nuestros días su nocturnal capuz
y dadnos el secreto de tu sin par grandeza
y la gloriosa fuerza de tu perenne luz.

Y ahora que nos cubren tan densos nubarrones,
ahora cuando el mundo parece anochecer,
templemos nuestras almas y nuestros corazones
al fuego de dos astros: Víctor Hugo y Voltaire.

RUBÉN DARIO.

VICIOS Y VIRTUDES

A un pensador latino, La Rochefoucault, pertenece esta frase, escrita en quien sabe que momento de cruel escepticismo: « Los vicios entran en la composición de las virtudes como los venenos en la composición de los remedios ».

Cuando por primera vez leí esta máxima — hace de esto algunos años — hice, lo que en mi lugar hubiera hecho cualquiera persona normal, medianamente sensata: medité un instante, y reconociendo, en parte la exactitud de la observación, compadecí a la triste humanidad... y pensé en otra cosa. Desde ese día hasta la fecha, aunque más de una vez ha acudido a mi memoria el pensamiento del filósofo francés, mi concepto de la virtud se ha mantenido incólume, sin perder nada de su prestigio, ni de su atractivo; admiro como antes, más que antes, las nobles cualidades del espíritu, sin que jamás se me haya ocurrido hacer el análisis de las virtudes humanas con la maligna intención de descubrir puntos negros, en lo que a primera vista aparece diáfano como la luz.

Pero a pesar de que mi optimismo se resiste a ver en cada virtud un compuesto químico de vicios diversos; a pesar de la repugnancia que me inspiran esas operaciones de laboratorio « moral » cuyo resultado sería reducir a una suma de defectos, combinados en ciertas proporciones, las más excelsas cualidades de la especie, no puedo menos de reconocer que, para un espíritu observador y estudiioso, sería interesante, en ciertos casos determinar la cantidad y calidad de malas condiciones que entran en la composición de algunas virtudes aparentes.

Un amigo mío — dilettanti agudo, de rara inteligencia — que tiene la originalidad de pensar seriamente en estas cosas, tomó al pie de la letra la sentencia de La Rochefoucault que por primera vez leímos juntos, preocupándose, desde entonces, a conciencia, de estudiar y clasificar, metódica y pacientemente los defectos humanos, tal vez con la pretensión de conocer así mejor las virtudes.

Después de todo, es probable que mi amigo estuviera en lo cierto. La primera condición de un estudio ordenado y racional, es poseer una buena clasificación del objeto a estudiarse, y aunque a primera vista parezca un poco chocante la idea de agrupar las debilidades humanas en categorías especiales, no hay ninguna razón para no proceder en moral exactamente como se procede en botánica o zoología, y los cuadros sinópticos que tan buenos servicios nos prestan en el estudio de estas ciencias, pueden ser también auxiliares poderosos para el mejor conocimiento de los fenómenos sociales.

Mi amigo empezó por dividir los vicios de la especie en dos grandes grupos o categorías: defectos individuales y defectos sociales, comprendiendo entre estos últimos a los que afectan con carácter permanente a una sociedad determinada. Subdividió a su vez estos segundos en defectos ocultos y aparentes, entendiendo por tales los reconocibles a simple vista, sin ayuda de un examen especial.

Como se ve, no dejaba de ser ingeniosa la clasificación de mi excéntrico amigo.

A pesar de mi escaso interés por esta clase de cuestiones, que nunca he conseguido tomar completamente en serio, me complazco algunas veces en hacer, ó mejor

dicho en tratar de hacer aplicaciones a nuestro medio de las curiosas teorías de mi amigo, llegando a conclusiones que no por extravagantes, dejan de antojársese exactísimas.

El primer resultado de mis especulaciones ha sido llegar al convencimiento absoluto de que nos injuria gratuita e inmerecidamente, cada vez que nos permitimos dudar de nuestra moralidad superior. Todos los males ambientes, contra los cuales gritamos indignados un día sí y otro también, están lejos de tener la gravedad, que nos empeñamos en darles. Si algo hay de que no puede dudarse, sin cometer una injusticia evidente y palpable ese algo consiste en las óptimas cualidades morales que integran el carácter de nuestro pueblo privilegiado.

Fácil es demostrarlo. Por lo pronto, nuestro pueblo es simple, en extremo; sus manifestaciones buenas ó malas, correctas o incorrectas, tienen la transparente y candorosa sencillez de los actos infantiles; los orientales somos ingenuos y espontáneos hasta en el mal. Entre nosotros, los vicios ocultos no existen, reduciéndose así los males sociales a un solo grupo fácil de combatir, puesto que aparecen revelándose al examen más superficial.

Tal vez la causa de éste, nuestro modo de ser, reside en nuestra juventud como nación, que no nos ha permitido alcanzar el máximo desarrollo de nuestras malas cualidades; tal vez se trate de una condición de nuestro carácter, un tanto exaltado y pasional, pero es el caso que entre nosotros el disimulo, el hábito de esconder lo torcido y mostrar lo derecho, está en su infancia, y preside nuestra conducta la más recomendable sinceridad.

Lo que ciertos observadores superficiales, llaman respeto de las conveniencias, decoro, etc., es absolutamente desconocido entre nosotros, que somos claros, fracos, terminantes, que estamos enfermos de indiscreción, de una sana indiscreción, que nos redime de la mitad de nuestras culpas.

Los ejemplos abundan: Ahí tenemos los políticos, quiero decir, los malos políticos. En casi todo el mundo la política es oscura y tortuosa; imposible, casi siempre, adivinar lo que se esconde tras el « bien de la patria », que sirve de escudo impenetrable a todas las ambiciones, a todos los menguados anhelos de lucro. Entre nosotros, no. Los arribistas, los serviles, los que sirven sus propios intereses, sin preocuparse mucho ni poco, de servir el interés común, no tratan de ocultarse, no se cuidan de correr un velo mentiroso sobre sus debilidades, y discuten a la luz del día sus propósitos de ambición, simplemente, con una adorable franqueza que dice a las claras la escasa malicia que su conducta encierra.

Yo no sé si a todos les ocurrirá lo mismo. Por lo que a mí hace confieso que me encantan esas ingenuas confesiones que a diario se producen en la prensa y en el Congreso. Que un político ambicioso proclame a toda voz sus propósitos de predominio, que otro logrero no vacile en exponer públicamente sus deseos de medro, me resultan, aplicando las teorías de mi amigo la comprobación más concluyente de nuestra moralidad exquisita y superior.

Si quereis otro ejemplo, tomad las amistades. Aquí las amistades se improvisan rápidamente, fulgurantemente. El afecto y la confianza nacen a la segunda entrevista y

se desarrollan con brío inusitado. El señor que se sienta a vuestro lado en el teatro, el que ocupa en el café una mesa próxima a la vuestra, os encuentra, pongo por caso, simpático y atrayente. Desde ese instante os saluda en la calle, amablemente, se sienta a vuestra mesa en el restaurant, y os hace, a poco que se lo consintais su confesión sincera; os cuenta su vida, os hace participé de sus intimidades, os descubre sus secretos defectos, con una familiaridad, con una inocencia, que conmueve y seduce.

Pues bien, me parece innegable que esta ingenua indiscreción, exclusivamente nuestra, nos realza altamente, porque nada hay tan detestable en el mundo como el feo hábito de la hipocresía.

Siempre habrá, sin duda espíritus maliciosos que llamen a nuestra sinceridad impudor, y a nuestra candorosa franqueza, cinismo, pero no es esto cosa que deba preocuparnos mayormente, teniendo en cuenta que con mala intención, siempre es posible encontrar un reverso a cada cualidad por indiscutible y sobresaliente que sea.

Bien puede, por ejemplo, argüirse, por algún pesimista

sempiterno, empeñado en presentarnos lo blanco como negro y lo dulce como amargo, que si los malos políticos ponen de manifiesto su falta de escrúpulos, no son por ello frances, sinó desvergonzados; que si los individuos hacen pública gala de sus lacras morales, ello se debe a que no tienen siquiera el pudor de sus vicios, y a que tampoco temen una sanción severa que es incapaz la sociedad de aplicarles; que si un señor que apenas os conoce os revela sus secretos íntimos y sus aspiraciones personales (que para nada os interesan), la causa está, no en el candor expresivo del sujeto, sinó en su tontería y mala educación.

Pero tomando las cosas de este modo, corremos el riesgo de no dejar titere con cabeza, ni virtud sin sombras, y he aquí por qué conviene conformarse con la teoría de mi amigo, y sostener, aplicándola, la adorable franqueza que nos distingue y las excelencias de nuestra amable familiaridad.

Y para algo nos habrán servido sus continuas reflexiones y su dedicación a tan escabroso tema.

MIGUEL A. PRINGLES.



COMENTARIOS DEL MOMENTO

A las últimas luces de una serena tarde invernal, cobijados bajo lánguida palma que con pereza extiende su manto protector; frente a un regular horizonte que solo quiebra un copo y una arboleada, habla el amor. Pareja animosa se hablan con premura, para luego retirarse la vista y la palabra, posando la primera en los senderos disciplinados del elegante paseo. Vuelven luego al tema, prescindiendo en absoluto de la serena efígie de la respetable dama, que solo a un metro, y a pesar de su aparente indiferencia, impone la «legitimidad» del vínculo...

El ataca, ella se defiende... él ataca, ella se defiende... él ataca, ella no vence...

Breves momentos hacen el intervalo del idilio, que resurge transcurrido el espacio bucólico, para hallar en un cine elegante, propicio terreno.

Ya no es el crepúsculo incitante, ni el panorama vívido, sinó un amanecer o un crepúsculo itálico o la atracción panorámica de la campiña francesa, que con tanto esmero nos ofrece Gaumont. Siempre campo favorable, triunfa el sentimiento; el novio ataca, etc...

El invierno con sus luengas barbas, nos habla de término doliente, pero su fina ironía lo viste los domingos aún a riesgo de coger pulmonías, con la ligera «toilette» de Cupido.

**

El amargor de la vida que se multiplica incesantemente predispone al espíritu hacia el dolor. Tampoco escapan a su influencia decisiva los organismos, ni son motivo para eximirse los sexos. La mujer también sufre sus efectos positivos y su amargor, no perdona ni las sensibilidades del gusto, él que evoluciona en virtud del contagio. Paladares finos, hechos al manjar delicado y dulce, hoy no se resienten ante el ataque brusco del brevaje áspero, que en mérito a sus fuerzas levantiscas, sufrió el estigma de su condenación.

El vermouth triunfa y el sitio elegante donde se escancia,

sirve de alegre escenario a la atrayente camaradería. La claudicación del sexo que antes fué adverso a la liberación permite hasta a los más timoratos, que sin remilgos beban el triple, de lo que antes bebían solapadamente y con sentencia.

El amargor de la vida fué la sana inspiración que movió a un sexo a cercnar una pena injusta, cumpliéndose el adagio de «no hay mal que por bien no venga...»

**

El interés fué «in crescendo» y culminó en pleno entusiasmo. Era explicable la atención cuando se resolvía uno de los más grandes problemas, cuya solución tratándose de medios abstractos se ofrecía escabrosa. Votos favorables, — votos adversos, — votos desconcertantes — y la lista crecía y las cantidades engrosaban equitativamente.

La «influencia moral», medio positivo de triunfo no era de fácil aplicación; no así el «gato» por el deficiente sistema eleccionario. Votaron muertos, ausentes, desaparecidos, inexistentes; aparecieron votos de puño y letra de Poícaré, Víctor Hugo, Figueroa Alcorta, Vigodet y Homero. La febrilidad electiva motivó un rápido fallo, surgiendo ante la unánime ansiedad, las bellezas consagradas por voluntad del jurado público... y privado. La estética regocijada colocó sobre las níveas frentes de los elegidos, la blanca corona, su emblema sagrado.

Los ecos del fallo fueron risas y llantos, deseos satisfechos e ilusiones perdidas, alaridos de triunfo y gruñidos de encono. No importa el contraste, ni importa el dolor de los más, porque ganará el mundo ante solución tan deseada. Ya no más discusiones, ni ya más indecisos, desde ese día que la historia anotará con letras exageradas, no habrá más bellezas que aquellas elegidas que puedan ostentar en sus níveas frentes, las blancas coronas que posó regocijada la estética.



CRONICA

Para ANALES MUNDANOS

LAS NIÑAS DEL DÍA

BIEN se podría emplear un libro, a objeto de tratar un asunto tan diverso y lógicamente complicado, como es el que hoy se ha colado sagaZ, entre las mordosas sombras de mi entendimiento, para que la indiscreta aunque tosca pluma le descubra y de él se ocupe zafiamente, en la estrechez de unas cuartillas borrajeadas, para confusión y pasatiempo holgado de los píos lectores; porque si la majadería más grande de un necio, o la estafalaria impertinencia de un sabio, son siempre acreedoras a perpetuarse en las impresas páginas de un libro, siendo así que todos somos autores, como pudiéramos ser barberos y sacristanes, —harto merecedoras son las niñas de estos buenos tiempos que corremos, a la solicitud y diligencia especial, de cuanto afamado escritor anda por esos mundos, buscando un tema de estudio y pública ilustración. Con que, recojan tan vasto asunto, los psicólogos y moralistas de arte mayor, que por lo que a mí atañe, humilde escritorzuelo chirle de pacotilla, sólo me conduce el giro de mi discurso, al atrevido intento, de bosquejar regocijado ciertos detalles característicos de las niñas del dia, por cuyo desalinhado apunte, mil perdones demando, si es que han de enfadarse, en lugar de reir conmigo de las propias debilidades.

Reír, no en son de burla, sino para placentero halago, porque en efecto: ¿qué hombre no se podrá gozar de satisfacción, al apercibirse de la notable persistencia, con que miran las niñas? Lamentaciones aparte, y déñese por muy felices los hombres todos de esta tierra, porque ya quisieran otros, que se mirara de arriba a abajo como se gasta aquí, no ya los hombres a las mujeres, como antes se estilaba, sino éstas a aquellos. De donde, para gloria y satisfacción, ya ningún hombre podrá sentir que no le miren las niñas, sino que se descoyuntarán todos de puro regocijo, todos, menos yo, que no recibiré la clemencia de una mirada, porque,

«O rabbia! . . . Eser difforme! . . . Eser buffone!» lamentaré justamente, con el infeliz personaje.

Véñse pues los hombres codiciados, como bicho de museo y aunque no falte quién diga que es pura leyenda lo de sus méritos y bellas prendas, y les tenga por unos bellacos, que no valen cuatro reales cada uno; pero ¡quiá! de menos nos hizo Dios, como quien dice, y todo ello es suficiente para tentar a las mujeres, que por lo general adoran asombradas ese conjunto de debilidades masculinas, que influyen en el hogar, para que ellas se sacrifiquen con ansiedad, por volvemos al buen camino; en cambio, riase usted de los hombres buenos que las mujeres no miran, porque ya están convertidos a la virtud. — ¡Oh! santa abnegación femenina!

Doy por supuesto, que hay en todo una inversión de términos, cogiéndose así la rosa por donde espina y no por el cabo, — porque [el concepto de la moda social, establece aparentar lo contrario de cuanto tenemos, o íntimamente somos: las mujeres, empeñándose en perjuicio propio, por demostrar sereno conocimiento del mundo, para aparecer ora tristes y cloróticas, ora frívolas y desoladas, ora extravagantes y marisabidillas, siendo así que en el fondo son por lo común unas ingénulas, torcidamente encaminadas; y los hombres, héroes de oficio, mártires del trabajo, esclavos del talento y de la virtud devotos, son también en mayoría,

unos peleles fátuos, (yo incluido), alucinados con el prestigio que les atribuyen las niñas.

De lo cual, podrá inferirse cabalmente, que toda palpable anomalía, de establecimiento común en nuestras costumbres, tiene su razón de ser en la moda, deidad altiva que nadie se atreve a contradecir, antes bien, pocas son los afanes de la sociedad, para seguirle de cerca, aunque sobre ascuas camine. Y como todos hemos por instinto, satisfacer naturalmente los caprichos del progreso, concluye éste por dominarnos, a fuerza de larguezas y tolerancias, invocando sus imperiales mandatos, para ejercer de árbitro en nuestros hábitos y decisiones de telón adentro. La moda en todo pues: en el materialismo de las cosas vistas, y en el orden moral de las pasiones sentidas y los deberes inculcados, que de así pensar y obrar, todo se resuelve facilmente en la vida . . . i claro está! . . .

Cuentan las viejas crónicas, (que yo evoco sin recelo, para que me llamen "retrógrado" siguiendo la moda), que la educación de las niñas, era motivo de perpétuas preocupaciones para los padres . . . ¡Pues no era nada, la ingenuidad de tales padres! ¡mire usted que desvelarse por las hijas! . . . ¡Vaya! que sí en estos tiempos vivieran, tanto heróico progenitor quisquilloso, aprenderían lo que no supieron, se reirían de los sacrificios y gozarían la comodidad de adaptarse a la moda y sus modernos preceptos educativos, para formar mujeres doctas en las grandes cuestiones de la vida. Convengamos, pues, que el mundo vivió hasta ayer en tinieblas, no cabe duda . . . y que recién hoy, está iluminado el orbe, gracias a los radiantes fulgores del progreso, que por todo han espléndido.

No caigamos en la cuenta, de comparar aquellos tiempos júbregos, en que nuestros padres vivían en báibia, con los que ahora corremos, en medio de tanta luz, porque de lo contrario, nos apercibiríamos de los indubitables inconvenientes de aquellos y las consagradas ventajas de éstos. Y sino, recuerde usted la vitanda obsesión tiránica de los ascendientes, que hacia de las niñas unas víctimas del hogar y de la escuela ¿Estamos? En cambio, vea usted ahora, cuanto adelantamiento ha traído a sus niñas, la indulgente libertad de estos días: instrucción y general conocimiento de la humana ciencia, sólo en los primeros años de vida, que ya es bastante; novio, a los doce años, para que conozcan el amor y de la vida sus menesteres; casamiento, con quien tengan por gusto, aunque el cariño quede aplastado como una flor seca, entre los legajos del contrato matrimonial; divorcio, cuando sé les antoje, que no tienen porque vivir maniatadas, al decantado yugo.

Ya vé usted si es poco y bueno, cuanto ahora hacen las niñas; con decir que hacen los que les da la real gana. Establecido queda, pues, que no hay que lamentar los tiempos idos, viendo que nuestras hijas son un primor de educación y espíritu práctico, que no pierden el tiempo consagrando frecuentes veladas del hogar, para leer a Fernán Caballero, a Walter Scott y a Edmundo d'Amicis . . . ¡No, hombre, no! convénzase usted, que ahora es menester dedicar las noches, a asistir al teatro francés, y utilizar los ratos perdidos, tomando un aperitivo y comentando a Baudelaire.

“J'aime, ô pâle beauté, tes sourcils surbaissés,
D'où semblent couleur des ténèbres;”

¿Qué más han de saber y hacer las niñas del día, si nada les falta y todo les sobra, para honra y prez de estos gloriosos tiempos? ¿El trato social? ¡una cucaña! y menos aun que nada, porque como todo lo saben, de todo hablan, discurriendo con ingenio y conduciéndose con civiliad. ¿Las cosas del hogar? ¡psch! trivialidades y majaderías, que inculcaban nuestros padres, pero que ya no se estilan por decoro, en mérito a que las niñas no pueden faltar a ninguna tertulia, función o baile, para que todo el mundo las conozca, que no otra cosa pide la distinción.

La distinción! Tema para otro escrito, yo renuncio aquí a seguir hablando, pues no es mi oficio dar consejos morales a las niñas, como corresponde a las sabias directoras espirituales, que los tiempos nuevos nos han traído, en lugar de aquellos padres rígidos y austeros de la pasada edad; lo cual, es también una moda, que por ser tal dicen que no incomoda.

El Burgo

CRONIQUILLAS

¡Oh Montevideo! ¡Cuánta gente elegante! ¡Cuánto gusto!

Pero, como siempre al día está opuesta la noche; a lo negro, lo blanco; a lo bueno, a lo elegante y «chic», está lo ridículo y exageradamente cómico... Aquí, hemos tenido el gusto de conocer a doña María mujer, como se vé, de «muchos alcances».

A doña María la vemos en el palco del mejor teatro, con una elegancia a toda prueba. Sino... que lo digan las amistades.

Si la vemos en el teatro, en los biógrafos o en cualquiera parte que cueste dinero la entrada, podemos asegurar con «los ojos cerrados» que a doña María no le cuesta un solo centavo. Ella sabe buscarse por medio de su hija «Cachita» (el «anzuelo» de la casa, como le llaman) todas las comodidades habidas y por haber.



Cachita tiene buenos amigos; casi todos son muchachos que tienen «banca».

Una vez más, nos hemos desengañado de lo que es la vida, está tan miserable, cuando suceden cosas como las que vamos a relatar.

Doña María no crean ustedes que tiene... algo. Se podía deducir, por simple inspección, que la mujer, que come «a costillas» del crédito de su apellido o que «flirtea» a los periodistas para que le consigan dos sillones para la ópera, yo creo, y creo que todos comulgarán con esta idea, que no debe tener ni pizca de aquello...

Si siquiera pidiera una «delantera de tertulia» o lunetas... Pero, no señor; su afán es lucir sus trajes. («Sus... de «ellas...»)

Los otros días pudimos convencernos con nuestros propios ojos de lo «fresca» que son, tanto la hijita como la mamita...

Pues, aprovecharon que el mensajero que les traía una invitación para una función cinematográfica llegara hasta ellas, para que fuera el muchacho de la vecina de enfrente a pedir prestado a Juanita (muchacha de muy buena posición) el traje azul y el sombrero negro con la rosa encarnada que «ella sabe»...

Este fué el recado que el rapaz llevó a la vecina. Si no encuentran con quien mandar a buscar la ropa, escriben un papelerito y al primer transeunte que pase, «Cachita» le dice, con una risita estudiada: «Joven, ¿sería usted tan amable que me llevara a 452, altos...? ¿Quién ante esta súplica no accede?

Yo, francamente, hice una vez el papel de mandadero, pero no lo haré más.

Después que llevé el «billeteito», como dice la «pájara», me paré en la esquina, acechando, para ver lo que llevaban, y así poder enterarme del contenido del papel.

Ví, que un muchacho llevaba en una mano una caja larga de cartón y en la otra un traje azul claro. De pronto comprendí lo del vestido, pero la caja me dejó muy pensativo...

Esa noche tuve la desgracia de encontrarlas en el Biógrafo Apolo. Mil agasajos me prodigaron. Yo iba con mi primo Andrés, el que solicitó le presentase a «las ninjas».

Así lo hice y después de «entretenér» á doña María con temas puramente «sociales» mientras mi amigo «entretenía» á Cachita, salimos todos juntos del cordonero biógrafo. Doña María dijo en alta voz: «Ay Cachita, tengo una sed horrible».

Esa era «la consigna». Efectivamente, no falló; Andrés les dijo, o nos dijo: «Ahora llegaremos á la Americana y descansaremos unos minutos».

«Oh, no! es Vd. muy amable joven, sin embargo, aceptaré por ser Vd. tan simpático... La sed me agobia...» Y diciendo esto, viraba los ojos como un carnero degollado. Y yo decía para entre mí: el hambre la hace delirar. Tenía una rabia excepcional; me molestaba que uno de mi familia fuese tan tonto que le pagase la cena a estas...

Veníamos caminando por 18 de Julio.— Andrés iba con Cachita y yo con la vieja... de Cachita.

Yo notaba algo anormal en Doña María; estaba colorada como un tomate y amenudo un hondo suspiro estremecía su amplio cuerpo de Zeppelin... Nos sentamos,



Trajeron los sandwichs y «volaron» en seguida. Se «empujaron» un gran vaso de cerveza cada una.

Nosotros pedimos the con leche.

Se llenaron y se despidieron de nosotros. Pero seguí notando que a Doña María le pasaba algo anormal, pues respiraba cada vez con más dificultad...

Nos despedimos, por última vez, y con una risa de satisfacción, aunque la «mamá» seguía suspirando, doblaron en dirección á su respectivo domicilio.

Me reí mucho y le conté quién eran ó son, las mademoiselles.

Nos acercamos á ver el rumbo que tomaban, y pudimos ver que detrás de un pilar se metió la vieja para arreglarse los tirantes de las medias.

Andrés se acercó por otro pilar y pudo oír que «Cachita» decía: «Mamá, mira que te están viendo».

—Hija, yo no sé cómo Juanita puede aguantar este «corsé» nunca más se lo pediré.

Entonces pude comprender lo de la caja de cartón. Allí iba el «corsé» que tanto martirizó a Doña María.

Y el auriga hizo un ademán como diciendo: «mal rayo las parta». RASÉC.

LA MODA Y LA GUERRA

PERSPECTIVAS DEL TRABAJO FEMENINO

Efectos de la clausura de los talleres parisienses

Entre la turbamulta de los que la guerra ha arrojado del país natal o ha repatriado, no es raro hallar alguna figura femenina a la que el largo y penoso viaje no ha logrado borrar cierta gracia, innata en la mujer, en el vestido y en el tocado. Si la casualidad o el deber nos pone en contacto con una de esas sorprendidas criaturas, no será difícil que descubramos entre ellas algunas que vienen de París.

De entre ellas muchas han ido a aprender el arte de modista en los grandes talleres, y en ellos han trabajado hasta ahora. Otras en ellos tenían asegurado el pan, por ser excelentes oficiales.

Estas jóvenes repatriadas buscan trabajo. En sus ojos se advina la nostalgia de la ciudad que han tenido que abandonar y el deseo de volver a ella, como si sólo en París fuera apreciada su labor, sólo allí remunerada y capaz además de causarles satisfacción moral.

Estudiando, aunque sea superficialmente, el modo de ser de esas muchachas, se hace uno cargo del deseo de todas, hasta de las más modestas, de perfeccionarse afinando el propio gusto, y de apropiarse el modo de confeccionar de los grandes modistas.

Y cuando se contempla el fenómeno de rara asimilación dinámica del amor a su profesión que distingue a las modistas que regresan de Francia de todas las que de otros países vienen, cuando se ve el entusiasmo con que hablan de los grandes talleres donde trabajaban, y en los que muchas de ellas ocupaban modesto lugar, es cosa de preguntarse por qué no se les proporciona aquí el medio de que tengan el mismo entusiasmo e igual deseo de sobresalir en su oficio.

Además, ahora que los grandes establecimientos parisienses que se ven en la inactividad, es la ocasión más propicia para nosotros de engrandecer y dar vida a los nuestros.

Aquí existen de sobra los elementos para realizar el proyecto.

No falta aquí lo que se llama gusto para producir bellos modelos. Lo que hay es que debemos dominar por el sentido común y no dejarnos deslumbrar por los incómodos y extravagantes modelos que aceptábamos porque venían de Francia. No hablamos de las primeras materias, porque lo mismo en tela que en los adornos y aplicaciones tenemos aquí existencias y fabricación, y para esto de verdadero gusto y elegancia. No ha de faltarnos tampoco la mano de obra, y por las operarias que han llegado (muchas jóvenes sin larga preparación), sabemos cómo se debe remunerar el trabajo de una operaria inteligente.

Gozamos, además, en estos momentos de una situación excepcional, que nos coloca en inmejorables circunstancias para emanciparnos, por lo menos durante un buen período de tiempo, de toda tutela extranjera y aun permitirnos incursiones por campos industriales y comerciales hasta ahora cerrados para nosotros.

Como no estamos en guerra, no existe excusa alguna para nuestra indolencia, ni aun la remotísima de la eventualidad de que pueda romperse la neutral conducta adoptada.

En guerra está la Gran Bretaña, y sin embargo ha comprendido que podía sacar partido de la limitada actividad francesa en el ramo modas. Se dirá que los grandes talleres preparan siempre con muchos meses de anticipación las modas que deberán llevarse en la temporada siguiente, y que cuando la guerra estalló las grandes casas de la calle de la Paz ya confeccionaban las modas para la estación invernal.

Pero la moda no basta hacerla; es preciso «lanzarla». Y esto saben hacerlo admirablemente los franceses, y esto es lo que precisamente no pueden hacer este año.

Ostende, la maravillosa playa, asiento en verano de todas las elegancias, ha sido la primera en sentir desde este punto de vista los golpes de la guerra.

Lo mismo que a Ostende, le ha ocurrido a todas las grandes estaciones climatológicas, a todos los grandes centros de reunión internacional, cada uno de ellos árbitro en cierta manera de la moda de su respectivo país.

Los ingleses, para no perder la buena ocasión, han mandado a sus mejores modistas a París con encargo de escoger entre los figurines y preparados, los que reúnan más probabilidades de ser aceptados en este especial período de universal conflagración. Después

sin otra formalidad, lanzarán el figurín como inglés, aunque, como es natural, algo influído por el gusto de la moda francesa.

¡Qué haremos aquí! Lo más probable es que acudamos a figurines atrasados, despreciando la ocasión de poner el sello de nuestro gusto en las modas.

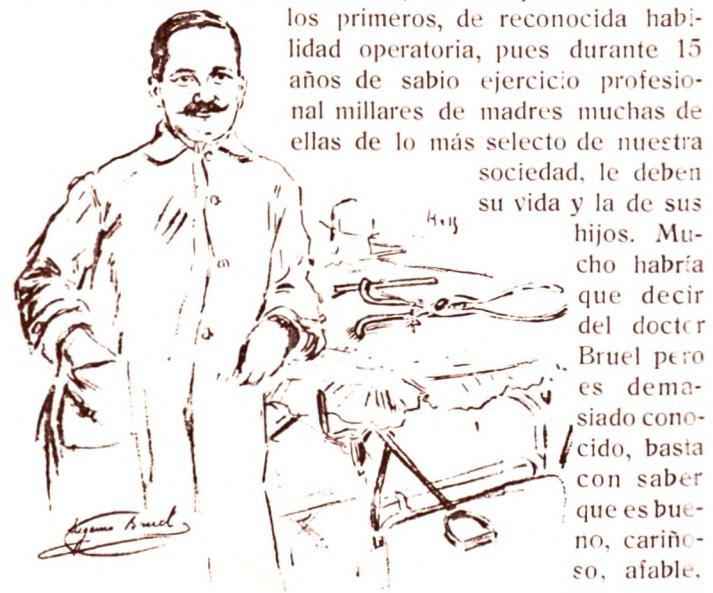
Se harán objeciones, entre ellas, la de que una vez ideados los modelos es necesario «imponerlos», y que en esto nos ganaría siempre por mano Francia, como es evidente con sólo calcular los medios de que dispone para vulgarizar, por decirlo así, sus creaciones. Pero hoy la dificultad no existe ó está muy reducida, y el campo se nos ofrece abierto y libre. La industria puede recibir, en consecuencia, un impulso, cuyos resultados beneficiosos es posible que perduren después de la guerra. No debería por lo tanto vacilarse en llevar adelante la idea. Hay que decirlo claro: hemos de tener el orgullo y el valor de afrontar las dificultades económicas en el incierto período porque atravesamos. El pánico nos ha sobrecogido desde el primer día en que se rompieron las hostilidades y llevamos una vida económica sumamente láguida.

La actividad y hasta la voluntad parecen paralizadas: todo el mundo ha procurado convertir en dinero cuanto ha podido para evitar riesgos económicos. Y esto lo hemos hecho aquí, mientras en Berlín y en Londres, esto es, en países donde la crisis comercial debe ser mucho más grave y dolorosa, siguen haciendo buenas y fáciles negocios.

Eminencias Médicas

EL Dr. EUGENIO BRUEL

Hoy podemos presentar este eminente obstétrico que trata de ocultarse, de nombradía entre el cuerpo de profesores de la Facultad de Medicina, de los primeros entre



los primeros, de reconocida habilidad operatoria, pues durante 15 años de sabio ejercicio profesional millares de madres muchas de ellas de lo más selecto de nuestra sociedad, le deben su vida y la de sus hijos. Mucho habría que decir del doctor Bruel pero es demasiado conocido, basta con saber que es bueno, cariñoso, afable, generoso con el pobre y de una excesiva modestia; este solo dato lo pone de relieve, cuando se le interroga de sus éxitos, responde acompañado de esa sonrisa habitual que lo caracteriza, que todo se lo debe a ese instrumento (Forceps Tarnier) de origen francés nada, absolutamente nada quiere para él; aunque uruguayo ama entrañablemente a esa tierra donde ha pasado varios años en los Hospitales de París, dedicado a las enfermedades de señoras al lado de sus grandes maestros Pinard, Buden, Pozzi, Segond, etc. Es querido de todos y sobre todo de aquellos que sabemos valorar su sincera amistad, admirar su inteligencia y sus grandes cualidades morales, nuestra ciudad le debe algo más aún al distinguido maestro; un gran núcleo de inteligentes tocólogas salidas de nuestra Facultad.



LA BELLA Y LA BESTIA . . .

ESCENA I.

(La escena representa un jardín extravagante como no se ve más que en el país de las hadas. En el momento que se levanta el telón aparece un viajero envuelto en una gran capa. De vez en cuando él se detiene para admirar las cosas que lo rodean).

El viajero — Nunca he visto algo tan hermoso y extravagante. ¡Estas flores, estos árboles, estas rocas, estas cascadas, este palacio!... Son maravillas para los ojos. ¿A qué ser mortal pertenece todo esto? A algún príncipe, sin duda. (Mira hacia la derecha y la izquierda) ¡Cuántas flores! ¡cuantas flores! y que lindas son!... ¡Ah, si Bella las vieras! ¡Si yo pudiera solo recoger una para mi dulce, mi querida, mi amable Bella! (Enterneciéndose). Antes de partir ella me dijo: «Mi padre, mi padrecito que yo amo, tráigame un recuerdo de su viaje. Ninguna joya, ningún traje, pues yo sé que Vd. no es rico, pero una flor, una rosa, nada más que una rosa». Y justamente hay aquí una de una belleza maravillosa. ¿Si yo me atreviera a recogerla? ¿Y porqué no me atreviera yo?... Nadie puede verme, y hay tantas flores en este jardín. Una más, una menos! (El se acerca y recoge la flor pero en seguida se da vuelta asustado. Una bestia enorme que gruñe furiosamente se avanza hacia él).

La Bestia — ¿Quién te ha dado tanto atrevimiento para recoger esta rosa? Serás castigado por tu temeridad.

El Viajero — Señor.... (reprendiéndose) ¡Oh buena bestia que hablais como un ser humano, si supierais para quién he recogido esta rosa, quizás tendríais piedad de mí. Es para mi hija, mi hermosa Bella.

La Bestia — (algo dulcemente). ¿Su hija ama las rosas, pues?

El Viajero — Es su flor preferida. Antes de partir, ella me dijo: «Mi padre, mi padre que yo quiero, tráeme una linda rosa».

La Bestia — ¿No tenéis pues más que una hija?...

El Viajero — No, tengo tres pero mi Bella es la más dulce, la más hermosa de las tres: Es también la más joven y mi preferida.

La Bestia — ¿Porqué no has recogido rosas para tus otras dos hijas?....

El Viajero — A ellas no se les importa. Ellas preferirían ciertamente joyas, pero no soy bastante rico para ofrecérselas.

La Bestia — Tu historia es interesante y te tengo lástima; pero has quebrantado la consigna del jardín del cual soy guarda, y tu debes morir.

El Viajero — ¡Morir!

La Bestia — Sí, á menos que alguien se constituya prisionero en tu lugar. En este caso, esta persona deberá quedarse aquí toda su vida.

El Viajero — (levantando los brazos hacia el cielo) ¿Quién consentiría en perder su libertad para salvarme la vida?

La Bestia — Pues, alguien que te quiera bastante para eso. Vuelve á tu casa, pero la décima quinta noche si nadie ha tomado tu puesto, vuelve aquí á sufrir tu destino. Si tu faltaras, no solamente tu morirías sino también los tuyos. He dicho. Ve....

ESCENA II.

(El viajero vuelto a su casa contó su aventura a sus hijas y Bella se ofreció espontáneamente a ocupar su puesto. A pesar de las súplicas del padre partieron los dos para ir a encontrar la bestia. Llegados al jardín ellos conversan de su desgracia).

El Padre — ¡Oh mi Bella, seré pues condenado á no verte más! Si yo no tuviese la esperanza de mover esa bestia, yo preferiría morir que aceptar tu sacrificio; pero quizás viendo tu juventud y tu belleza, ella tendrá lástima y me autorizará á venir á

verte alguna vez. ¿Pero porqué no iría una de tus hermanas en lugar de tí?

Bella — (interrumpiéndolo). No, mi padre, no sería justo. Es para mí que Vd. ha recogido esta rosa, soy yo pues que debo salvarle la vida.

La Bestia — (acercándose sin ser vista). Esto se llama hablar bien! No esperaba menos de una hija afectuosa como tú. La belleza de tu alma es igual á la de tu cara.

Bella — (á parte) ¡Que bestia tan rara!... ella habla..... Pero lo que es lo más raro todavía es que no le tengo miedo. Ella tiene la mirada de un ser humano, tiene la mirada de..... (se oye una campana que suena á lo lejos).

La Bestia — (dirigiéndose al Padre). Oyes, llegó el momento, es mejor partir. ¡Despidanse pues!

(El Padre y la hija se echan en los brazos el uno del otro y se abrazan llorando. Bella se desprende la primera de este abrazo).

Bella — No lloremos más, mi padre. Tengo esperanza que no estaremos separados para siempre. Esta bestia no parece mala, y estoy persuadida que no corro ningún peligro en su compañía.

La Bestia — Esa si que es una buena palabra, Bella, pero dime pues ¿porqué no te doy miedo? Soy sin embargo una bestia feroz.

Bella — Por rara que la cosa pueda parecerle, Vd. tiene los ojos de un príncipe que vino á cazar varias veces cerca de nuestra morada. Cada vez que él me veía me hacia un lindo saludo acompañado de una sonrisa. La última vez que yo lo ví, él se disponía á bajar de su caballo, sin duda para obsequiarme, cuando no sé que tarántula picó su cabalgadura, esta agarró el freno entre sus dientes y en dos minutos caballo y caballero se perdían en una nube de polvo. (Después de una pausa). Desde ese día yo no lo he visto más, pero lo quiero con toda mi alma.

La Bestia — Y bien para volver á ver tu príncipe tu solo necesitas decir una palabra.

Bella — (alegre). ¿Cuál? Quiero decirla en seguida.

La Bestia — Consiente en ser mi esposa y tu lo sabrás.

Bella — (asustada) ¿Vuestra esposa? ¡Qué horror!

La Bestia — Es el solo medio para salvar á tu príncipe.

Bella — (empalideciendo): ¡Mi Dios!... ¿está en peligro?

La Bestia — ¡Ah sí!

Bella — Entonces no titubeo más.

La Bestia — (echando un rugido de alegría). ¿Te casas conmigo?

Bella — Sí — (En seguida que Bella ha pronunciado esta palabra se ve una singular metamorfosis obrarse en la bestia. Esta dá lugar á un hermoso joven que Bella reconoce. Es su príncipe. Ella se echa en los brazos que él le tiende).

El Príncipe — Te quiero, Bella, desde el dia en que te vi por la primera vez pero la hada que vela sobre nuestra familia y que no permite á los príncipes de casarse con la primera pastora que se presente, ha querido estar segura de tu amor. Ella está convencida ahora, pues para salvarte tu consentías en casarte con un oso y en sacrificar tu libertad para salvar á tu padre (riendo). ¿Y ahoraquieres también casarte conmigo?... (Por toda contestación Bella pone cariñosamente su cabeza sobre el hombro del príncipe, mientras que el padre extiende sus brazos sobre ellos en gesto de bendición!).

TELON

Desde el cuento de Mme. Leprince de Beaumont.
Por G. BIGOT.



Página "Fémina"

Dirigida por
ELENA de ESPARTA



Este modelo ilustra un traje lindísimo, estilo militar con cuatro bolsillos sobrepuertos ceñidos, cuello vuelto y faldón ondulado.



Artístico y airoso es este vestido. El sobrecuerpo corto, sobre la blusa interior de muselina de seda, da a ésta un efecto de chaleco tan de boga en esta estación.

Las mangas pueden ser largas o cortas, según se deseé.

FANTASÍA

Unos metros de gasa rosada transparente, sutil y suave como un rojito de alba, tengo aprisionada entre mis dedos que convulsamente la aprieten. Esto me hace meditar...

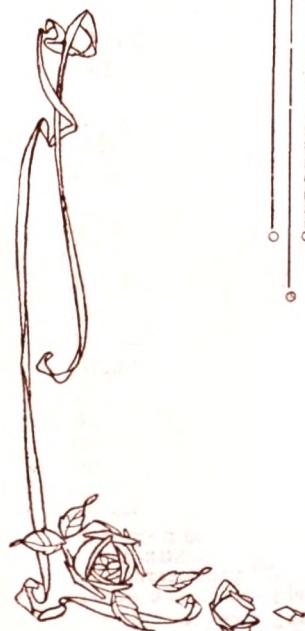
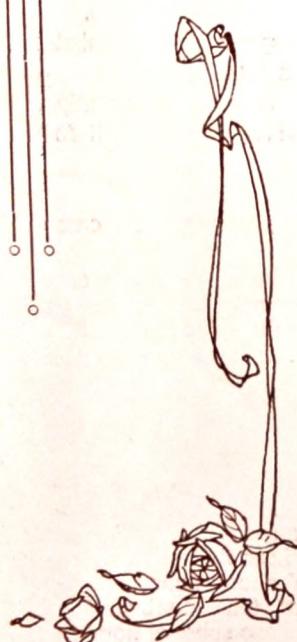
Me da la idea de ir á habitar un castillo en el aire y vivir allí en un perpetuo ensueño de color de rosa, entre nubes tenues del mismo color que parezcan cubiertas con la gasa de mis encantos. Al contacto de esta delicada tela, mi alma se estremece toda entera, como si fuera á desprenderse del firmamento un ángel rubio de rosados tintes, que viniera á la tierra á llevarme en pos de sus alas erizadas, á la cumbre de la felicidad, donde el color dominante que embriaga la retina es el rosa pálido, como el sueño que yo quisiera tener para jamás despertar.

¡Oh gasa divina que commueves mi alma! Entre tus pliegues perfumados adivinase un poema de amor, de ese amor impregnado de ternura que sólo inspira un alma que haya visto la luz en el suave momento en que estos tintes rosados de la aurora, dan paso al sol que radiante viene á iluminar al mundo.

¡Oh! gasa de amor que has envuelto el mismo amor entre coquetísimos pliegues y poéticas ondulaciones; gasa exquisita y embriagadora no te apartes de mi lado! Tú, que eres la gracia y la poesía, envuelve mi cabeza enferma en tu transparencia divina. Con tu tenue color de amor, teje en mi imaginación un bienestar que endulce mi vida triste, y dame, ¡oh!, gasa poética, el sueño que ansio, color de rosa, con la finísima gracia de tus encantos y movimientos.

JACQUELINE.

GALERÍA INFANTIL



Niña Haydée Ferber Risco

Nuestros

Enseñantes

EL PROFESOR M. VIGNALI

La labor de este estimado educacionista es conocida por inmensa cantidad de nuestros jóvenes y niños de ambos sexos, y por infinitud de familias que lo estiman.

No es para menos, si se reflexiona lo que significa 20 años de trabajos no interrumpidos en un país.

En 1896 fundó en el Salto la sala de armas que dió excelentes *amateurs*, varios de ellos conocidos y de alta figuración social, política y militar, la sostuvo y dirigió hasta el año 1905. Fué el primero en introducir en esa ciudad la gimnasia natural Yäger y Buum en sustitución de la, vetusta e inadecuada para colegios, gimnástica de palestra.

Fué el iniciador desde el año 1898 de los Juegos Gimnásticos, Foot-Ball, etc. (véase «Ecos del Progreso»).

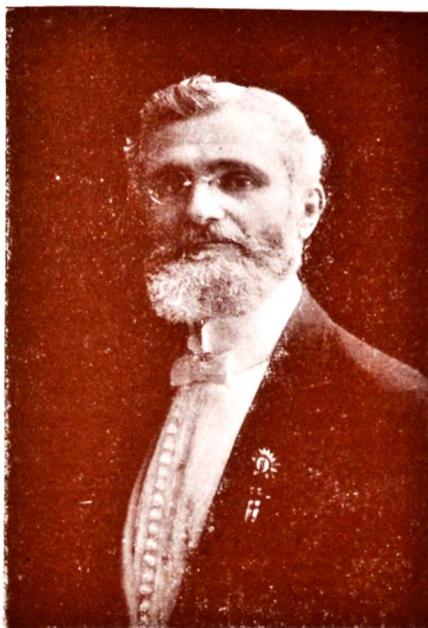
Marzo de 1900). Fundó los primeros clubs y otros centros similares de los cuales algunos son, por hoy, de gran importancia. Organizó torneos de esgrima y tiros, concursos gimnásticos, excursiones y varias marchas de resistencia de importancia.

Fué profesor de esgrima y gimnasia durante 7 años en el Instituto Politécnico del Salto, de varios colegios, centros sociales y clubs.

No tan sólo por el lado práctico el profesor Vignalí propagó y enseñó la cultura física, sino también por el lado científico con sus interesantes publicaciones, como su notable conferencia sobre «Importancia y necesidad del ejercicio físico, subdivisión y clasificación de la gimnástica, su aplicación relativa a la necesidad del organismo, etc.». Otra no menos importante disertación sobre los Juegos Gimnásticos, «medios más poderosos para el desarrollo armónico, físico e intelectual», y otros muchos como su novedoso estudio *físico-psicológico* titulado «Clima y carácter digno de un ambiente menos reducido (como dijo un periódico salteño al comentarlo). En la gimnasia médica el profesor Vignalí ha demostrado poseer los conocimientos necesarios para obtener magníficos resultados sobre algunos

niños afectados de parálisis local, por la que, siguiendo las recetas médicas, la aplicó con tanto acierto que hoy atestiguan los más felices éxitos. Entre varios casos, uno notable de neurastenia de una jovencita de 17 años, cuyo estado era bastante inquietante, por el hecho, general de tal dolencia, de no poder seguir las indicaciones médicas especialmente refiriéndose a ejercicios físicos: El profesor Vignalí con una hábil táctica, logró conseguir que la paciente siguiera cuanto era, según los facultativos, necesario para que en poco tiempo se restableciese por completo.

Estos pocos hechos y lo dicho anteriormente, certifican la capacidad del maestro que sabe hacer de su profesión un entretenimiento que agrada mientras cura y fortalece; verdadero procedimiento de la pedagogía moderna. Ha sido el primero también en introducir en nuestro país la gimnasia rítmica y armonía del gesto y hasta ahora es el único que propaga y enseña la fisicultura artística en varios centros de enseñanza; y en su sala particular (18 de Julio 1357), acude lo más selecto de nuestra sociedad, la que ha podido en va-



El Profesor Vignalí



rias ocasiones admirar la labor del profesor Vignalí presentando encantadores grupos de niñas, verdaderos ensueños fantásticos.

En mérito a sus colaboraciones y trabajos coreográficos le ha sido conferido el diploma y su correspondiente insignia de la *Academia Internacional de Autores y Mae tres d' Paris*, nombrándole luego su representante y corresponsal. A los pocos años la *Academia mondaine de danse et maintien* de la misma ciudad le confería también el diploma de Miembro delegado con la condecoración «Très bien» por méritos análogos, por lo cual se reconoce en el profesor Vignalí el maestro y el artista. Sin embargo las reconocidas prendas morales e intelectuales no lo colocan fuera de su genial modestia propia de los realmente cultos que siempre están creídos de saber poco a pesar de verse salir siempre airoso en todos sus empeños.

No terminaremos estos resumidos apuntes sobre la persona de nuestro valeroso maestro, sin anotar también la excepcional dote pedagógica en el perfecto conocimiento del temperamento individual de nuestros niños y jóvenes, que, para cada uno de los cuales usa modales especiales con tal acierto que sus indicaciones resultan no solamente claras y convincentes, sino también amenas, para con los niños y jóvenes, y cultas y de exquisito buen trato para con los mayores, lo que lo hace estimado y simpático.

A los elementos como el profesor Vignalí que dedican toda una larga y constante labor a un pueblo nuevo y, como el nuestro, ansioso de progreso, a estos elementos que se han acreditado aprecio y cariño por sus méritos morales e intelectuales, debemos nuestra ayuda y nuestro aplauso.

X.

CONCURSO PERMANENTE DE FIGURAS DE COTILLON

Condiciones del Concurso

1. Se invita a tomar parte a este pequeño concurso a todas las damas y caballeros que simpaticen con la idea.
2. Las figuras deberán ser:
 - a) Inéditas.
 - b) Esencialmente originales y novedosas.
 - c) Bien redactadas.
 - d) Breves, todo lo que sea posible.
 - e) De fondo moralmente intachable. Podrán ser de carácter galante, cómicas, de efecto colectivo, inocentes o simples, etc., etc., pero siempre en los límites de la cultura y del buen humor, sano y correcto.
3. La publicación de las mejores figuras será autorizada por una comisión formada de cinco miembros: dos damas, dos caballeros y el encargado de esta sección.
4. La figura que realmente sobresaliese según el artículo 2, merecerá un semestre de suscripción gratis de ANALES MUNDANOS.
5. La Comisión se reserva el derecho de declarar impublicables algunas o todas las figuras si así lo juzgara, o publicar varias sin ningún premio.
6. Una misma persona no puede mandar más que una figura a cada quincena.
7. Las descripciones de las figuras se remitirán a Dirección de ANALES MUNDANOS los primeros o los últimos días de cada mes.





LOLA. — Cuando se fundó la Liga U. Contra la Tuberculosis, fué presidenta de la comisión de damas, la señora Ema Ruano de Capurro. Motivos de salud la obligaron a presentar renuncia del cargo, siendo reemplazada por la señora Bernardina M. de De María y después por doña Guma del Campo de Muñoz. El día de los tuberculosos fué instituido durante el tiempo que presidió la señora de Muñoz.

CURIOSA. — El artículo encomiástico sobre ANALES MUNDANOS aparecido en El Plata es de la distinguida escritora Gala Placidia y es de suponer que él refleja su opinión personal sobre esta publicación, opinión hoy generalizada. El seudónimo de Tia Clara, responde a la misma escritora.

VIUDA. — En el número anterior contesté ya sobre los lutos, resistiéndome a aconsejar porque considero que es una cuestión personal, que debe decidir el sentimiento y el concepto que le merezcan los suyos. No censuraré su propósito de reaparecer en sociedad, porque no quiero para las viudas las leyes antiguas. Esta opinión como Vd. comprenderá tiene carácter general diremos, porque para opinar sobre su caso, me será menester conocer circunstancias que ignoro.

LUISA X. — Esa señora me merece el más alto concepto y tengo la certidumbre que si Vd. recurre a ella, le prestará el apoyo que necesita, dadas sus evidentes inclinaciones en ese sentido.

MARY. — No recuerdo con precisión la fecha.

M. M. — Debe Dirigirse a la Administración.

FEMINA. — Nada me impresiona más dolorosamente que esa inclinación de que Vd. me habla. Una niña que se dedique solapadamente a sembrar discordias entre enamorados y haga sus codiciadas presas entre jóvenes inexpertos, movida solo por la envidia y las tortuosidades de su alma, es digna de las mayores penas. Me resisto a creer que esa niña sea capaz de tales infamias, pero si es como Vd. dice, popularizar su vicio, primero los padres, luego los jóvenes y después ellas, mismo por instinto de conservación, le sacarán la máscara dándole la sanción que se merece.

MON MAY. — Varias son nuestras compatriotas que representan o han representado a naciones extranjeras. En este momento recuerdo a la señora Isabel Rodríguez Marceval de Naón, esposa del Embajador de la Argentina en Norte América; la señora Soledad Serratos de Benítez, esposa del Secretario de Embajada de España, señor Antonio Benítez; la señora Sarah Hamilton de Fialho, esposa del diplomático brasileño doctor Alberto Fialho, hoy jubilado; la señora Clara Gómez Cibils de Arteaga, esposa del diplomático chileno, señor Luis Arteaga; la señora María Concepción Pringles de Abente Haedo, esposa del Encargado de Negocios del Paraguay, y la señora Isabel Amy de Danvila, esposa del Secretario de la Legación de España en la Argentina.

IVONNE. — Las fiestas en el Club Uruguay evidentemente han decaído. Antes eran las reuniones de más resonancia en nuestro mundo social y congregaban a la parte más selecta del medio. El motivo de ese decaimiento lo ignoro, pero supongo que sus orígenes parten de una idea equivoca.

COCA. — Los artículos a cuyo pie aparecen las firmas de sus autores, reflejan la opinión personal, independiente de las ideas que pueda tener al respecto la dirección de la revista. En el caso referido la confesión de que Vd. habla iba suscrita y las opiniones vertidas, condensaban el parecer del autor.

REGINA. — Ese baile se realizó un 7 de Septiembre, fecha patria del Brasil, siendo entonces su representante diplomático el doctor Da Cunha.

CLUBMAN. — Era entonces presidenta, la señorita María Herminia Garzón Casaravilla. Dado el éxito obtenido en la primer conferencia, no dudará • Entre Nous» en continuarlas. Me será difícil mencionar todas las personas aptas para esas disertaciones, que son muchas.

JENEUSSE. — Soy de opinión que la presentación debe efectuarse entre los 17 y los 19 años.

DANSEUSE. — Por disposiciones religiosas, en el Club Católico no es posible realizar bailes. En verdad que he reflexionado varias veces sobre esa diferencia de conceptos, entre el clero extranjero y el nacional, sin haber llegado a un acuerdo.

BELLEZA N. — No creo que haya hermanas y novios capaces de semejantes tonterías inexplicables. Hay muchas que no tienen ni lo uno ni lo otro y no obstante llegaron en los primeros puestos.

ADMIRADORA. — Yo también suponía que entre esas tres niñas estaba la vencedora del concurso y si el jurado público así lo decretó fué justo en verdad.

PENSAMIENTOS

Al revés de la naturaleza, que crea el órgano para la función, las administraciones tienden a multiplicar las funciones para el órgano, a fin de justificar la existencia de éste.

DE FREYCINET.

El refinamiento del espíritu en las naturalezas superiores tiene, en cambio, el inconveniente de crear dolorosos estados de alma que el vulgo no puede comprender.

G. M. VALTOUR.

La vida, como el fuego, sólo se conserva comunicándose, lo que depende de la ley fundamental que nos ha enseñado la biología, a saber, que la vida no es únicamente nutrición, sino que es, además, producción y fecundidad. Vivir es consumir y adquirir a la vez.

GUYAN.

No basta estar dispuesto a cumplir el deber; es preciso también conocerlo.

GUIZOT.

La amistad es tan divina sólo porque da el derecho de decir la verdad a los hombres que tan poco la dicen y que tan raras veces la oyen.

LACORDAIRE.

El que no tiene carácter no es un hombre, es una cosa.

CHAMFORT.

ANALES MUNDANOS es la única revista que une en sus páginas las firmas más prestigiosas de nuestra intelectualidad.

Página Infantil



La recuerdo perfectamente, como si lo tuviera ayer, la hora de la salida de la escuela para ir a escuchar ensimismado y boquiabierto su voz dulce como bendición celestial, su charla amorosa e instructiva y sus deliciosos cuentos, sencillos como pláticas apostólicas que confortaban nuestros tiernos espíritus y nos impulsaban

suave y maternalmente hacia el escabroso camino del bien. Serena como la vejez sin remordimientos siempre refa; dijérase que tenía ante sus cansados ojos cerca, muy cerca, casi intangible, la visión esplendiente de un mundo perfecto en el que retardaba la entrada por voluntad propia, con el fin de instruirnos en la santa moral

y llenar nuestros ojos del resplandor de las verdades eternas. No fueron para ella los placeres de la ociosidad, ni jamás el sol pudo sorprenderla inactiva; pero al verse rodeada de pequeñuelos, dichosa con una abuela, dejaba á un lado la monótona rueda y el lino blanco, y al ver el ensimismamiento bobo con que la escuchábamos sin osar interrumpirla jamás, poníase muy contenta y experimentaba la felicidad de los viejos maestros seguros de que sus lecciones serían semilla fecunda.

No había de menester muchos ruegos para empezar:

«Erase que se era...» Y era una muchachita rubia de piel de terciopelo nácar sonrosado, de manos de marfil, «pura y bella como los ángeles del coro del Señor». Y «esta muchachita» se veía acosada por siete galanes de hermosa apariencia, revestidos con brillantes oropeles; pero malos, muy malos; «¡como que uno era la soberbia, otro la avaricia, otro la gula..., en fin, cada uno representaba un pecado capital!» Y todos luchaban afanosamente por reinar en el cándido corazón de la muchacha.

Empeñábase la lucha tiránica y cruel. Gozábase primero la niña en verse solicitada por tan apuestos galanes, y entregada á la coquetería, «que es el arma de que se vale el demonio para vencer á la mujer», no se daba cuenta del peligro hasta que los solicitantes, cada cual por su lado, lograban estar muy cerca de su corazón.

Y la muchachita de cabellos de oro, «pura y bella como los ángeles del coro del Señor», asediada por los siete galanes que la deslumbraron con su brillante exterior, empezaba á conocer el mal, y al pretender huir por haber conocido la monstruosidad de sus adoradores con los que un tiempo coqueteaba, veíase perseguida tenazmente, en peligro constante de ser alcanzada, sufriendo angustias indefinibles, hasta que encontraba una viejecita humilde a quien pedía socorro y consejo. Hablábale la viejecita, y su voz era celestial, como música jamás oída; cogíala de la mano, y mientras caminaban á lo largo de interminables y polvorrientos caminos le decía:

—Hija mía, la jornada es larga y penosa y serán crueles las angustias que has de sufrir. Agobiante es la virtud y fácil el pecado... Si no huyes de los que te persiguen, si a ellos te entregas, encontrarás la juventud alegre, más no siempre tendrás la conciencia limpia. Elige.

Y la muchacha, elevando los ojos al cielo y cruzando las manos blancas y angelicas en actitud de plegaria ferviente, exclamaba:

—Dios mío, quiero el peso agobiante de la virtud, deseo conservar mi conciencia sin mácula: guíadme en la jornada larga y penosa. Llena de tormentos crueles!

Entonces llegaba para la niña angelica la hora sublime del premio: veía con asombro que la viejecita se convertía en excesa matrona, y a poco, en la Santa Virgen, amparo de los pobres y consuelo de los afligidos, que se remontaba á los cielos mirándola amorosamente.

Llegaban los siete galanes, acosábanla de nuevo queriendo deslumbrarla con sus oropeles; pero la joven resistía con heroísmo á esta última tentación, hasta que un pastor, manzeco gallardísimo, la libraba de ellos, y arrodillándose reverentemente le decía:

—Soy de humilde condición; vine á defenderte porque hace

poco me aseguró una viejecita que en este lugar había una mujer en grave peligro. Yo no conocía de tu hermosura y corrí; de haberla conocido, alas me hubiese dado mi anhelo de salvarte... Tengo una pobre cabaña; ¿quieres compartirla conmigo? Sobre nuestras suaves cabezas descenderá la bendición de Dios y el amor nos hará felices.

Enamorada de tanta sencillez, contestaba afirmativamente la muchacha de los cabellos de oro y de las manos angelicas, y se encontraba con la gratísima sorpresa de que el pastorcillo era un rey que peregrinaba en busca de una mujer virtuosa para con ella compartir su trono.

Otras veces era un rey fiero, tiránico y cruel castigado en su orgullo y arrojado de su reino tras vergonzosas guerras, ó ya niños perversos que por burlarse de sus ancianos padres se veían luego, como justo castigo, despreciados y abandonados por sus hijos... Y siempre en sus narraciones, que ella juraba verídicas, había algo de encantamiento y mucho de maravilloso y milagroso, sin que faltase el premio á los virtuosos ni el severo castigo a los malvados.

«Erase que se era...»

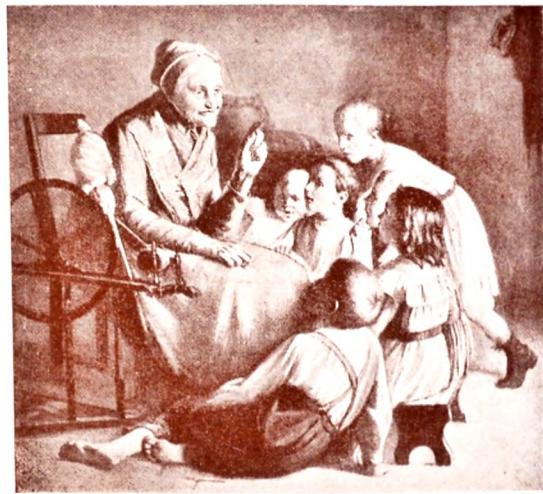
Estas palabras suenan en mi oído como el principio de una oración purísima de la infancia y traen á mi memoria en poética incomparable fantasmagoria procesiones interminables de princesitas de cabellos de oro y de humildad angelica, de pastores gallardos que acaban en reyes y de reyes que concluyen en pastores, de hadas bienhechoras... todo junto flotando en una ternura infinita y en una moral saludable.

«Erase que se era...»

¡Anciana interesante, vieja divina!, yo recordaré siempre con lágrimas en los ojos tus cabellos blancos y venerables, tu sonrisa grata a los niños y tus cuentos encantados, sencillos como lecciones de santa moral, que impulsan derechamente hacia el escabroso camino del bien y llenan las pupilas del resplandor de las verdades eternas; llevaré siempre sobre mi corazón tus palabras que inspiró la santidad de tu larga vida, pura y austera como la de los elegidos. Generosa y humilde, lo diste todo con la sonrisa en los labios. Dolor conocido por tí era dolor consolado, y sé que buscabas afanosamente hasta los más ocultos... Y cuando ya nada te restaba por dar, tu imaginación despejada de mujer que supo vivir santamente inventaba cuentos que, recreándonos, fueron sabroso alimento de nuestros espíritus infantiles...

¡Oh sagrada viejecita, abuela de todo un pueblo! Yo bendigo tu memoria desde lo más profundo de mi corazón, y quisiera tener el poder de resucitarte para solicitar de tí en las horas de tedio y en las de aflicción amarga un «erased que se era» armonioso como el mejor de los preludios.

RAFAEL RUIZ LOPEZ.



La Guerra Infantil

Nuestras damas tienen en ANALES MUNDANOS su mejor información y el niño su más amena lectura. Por eso en todo hogar es imprescindible esa revista.



Nuestros grandes Hoteles

EL GRAN HOTEL ORIENTAL

El Hotel Oriental es sin disputa uno de los primeros establecimientos de su clase. Su amplitud — ocupa una área de dos mil doscientos cincuenta y seis metros cuadrados — la comodidad de sus instalaciones que le permiten alojar fácilmente más de doscientos pasajeros; su confort, y la serie de ventajas que ofrece, hasta el punto de considerarse en él un viajero como en su propio «home», lo destacan ventajosamente, haciéndolo el preferido por cuantos saben viajar y desean una instalación amplia y confortable.

El Hotel Oriental posee veinticuatro apartamentos lujosamente amueblados, compuestos de sala, dormitorio y baño anexo, todo de lo más moderno y elegante.

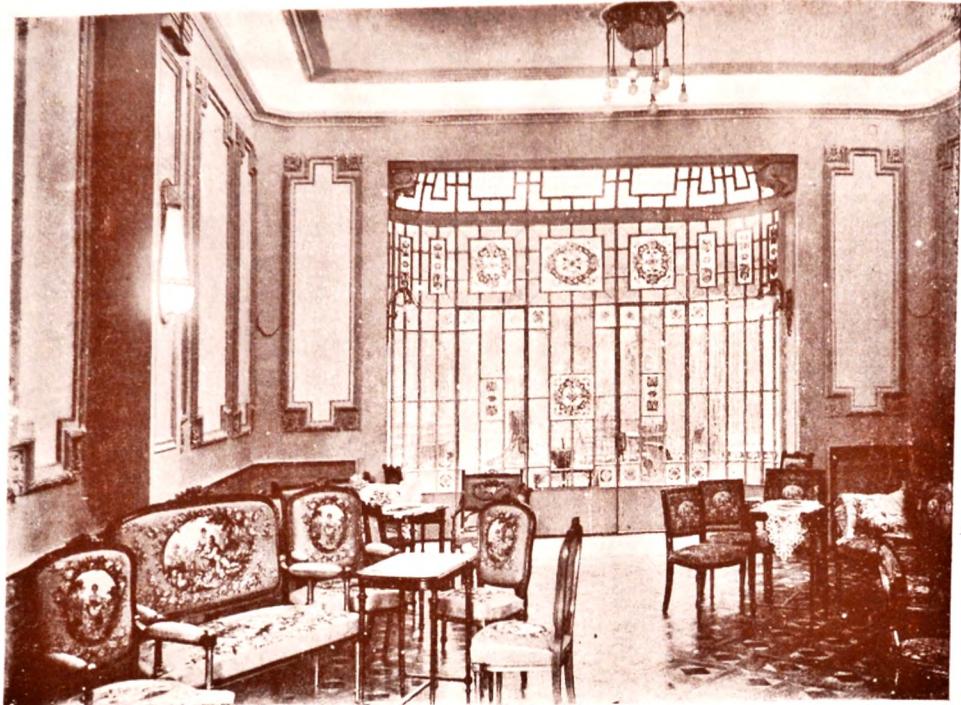
Como complemento de su confort, y á fin de ofrecer las comodidades que el pasajero más exigente pueda apetecer, posee una magnífica sala de lectura con toda clase de publicaciones nacionales y extranjeras diarios y revistas semanales, así como una excelente biblioteca con muy selecta colección de autores antiguos y modernos.

Pero lo que se destaca como una nota especial de este Hotel es su magnífico Hall (calle Solís), que ha sido convertido en un smoking-room, severa y confortablemente amueblado estilo inglés.

La mayoría de sus habitaciones son con balcón a la calle, pues el Hotel Oriental domina el ángulo de las calles Piedras y Solís, todas espaciosas, con cañerías de agua fría y caliente, calefacción, luz eléctrica, ascensores para todos los pisos, amplias escalinatas.

Existe además sala de música y salas de recibo, etc.

El alma mater de este establecimiento, es el señor Juan Fiandésio, de la firma J. Fiandésio y Cia., propietaria del Hotel. Espíritu



Vista parcial del salón.— Al fondo de la magnífica portada de vitraux que lo separa del Winter-Garden

culto, innovador y progresista, el señor Fiandésio ha agregado al Hotel Oriental una sección que complementa en una forma artística suntuosa y elegante, las instalaciones de la Casa.

Nos referimos al local especial, estilo europeo, que servirá para los grandes acontecimientos sociales, bodas, bailes, banquetes, tés y demás fiestas de este género.

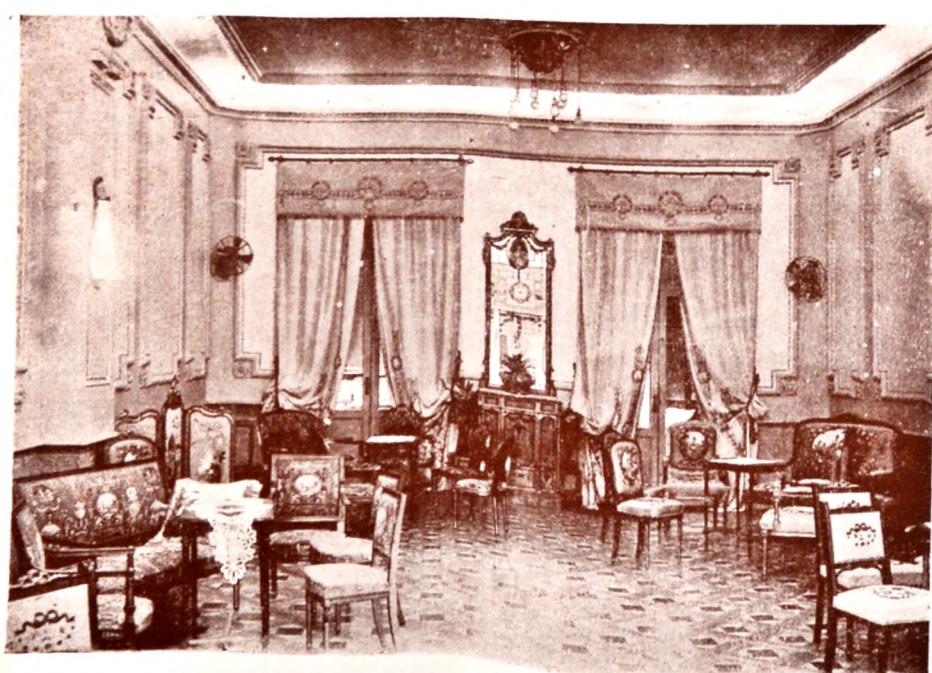
Forman ese local un amplio y elegante «Winter-Garden» un espacioso y expléndido salón Blanco, estilo Luis XVI, un gran Hall, anexo, y además varias pequeñas salitas de reunión y conversación.

Nótese que todas esas instalaciones pueden independizarse completamente del Hotel.

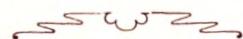
Es fácil compenetrarse de las inmensas ventajas que obtendrá la sociedad montevideana en celebrar, como se hace en Europa y en Buenos Aires mismo, los casamientos en ese local. Aparte del trastorno que siempre ocasiona la transformación de las casas particulares para recibir cantidades de invitados, el desgaste de muebles en el desarme, el gasto que requiere el adorno de tapicería y flores, hallarán una verdadera y conveniente ventaja en los módicos precios señalados para estas fiestas.

Anexo a estas lujosas instalaciones, existen regíamente instalados unos apartamentos para novios, alhajados con gusto primoroso.

La dirección del Gran Hotel Oriental ha resuelto incorporar á nuestras actividades sociales este Winter-Garden, realizando en él amables reuniones, bajo el nombre de tés conciertos, que, á no dudarlo, congregarán á lo más representativo de nuestra sociedad.



Detalle principal del espléndido salón para fiestas sociales, bodas, bailes, etc.





CINE DORÉ

El biógrafo más chic y confortable.
Todas las noches estrenos. - - -
PELICULAS DE ACTUALIDAD.

Bmé. Mitre, 1378



AVISOS PROFESIONALES

Abogados

Miguel A. Pringles. - Estudio: Buenos Aires 521.

Horacio Lessa. - Buenos Aires 588.

Dardo P. Regules. - Sarandí 412.

Carlos M. Prando. - Junca 1362.

Octavio Rodríguez. - Juan C. Gómez 1533.

Juan Carlos Gómez Haedo. - Zabala 1374.

Washington Beltrán. - Rincón 485.

Andrés C. Pacheco - Zabala 1374.

Enrique A. Cornú. - 18 de Julio 2193.

Héctor Lapido - Ciudadela 1440.

Fortunato Pereyra y Leal, Defensor judicial. -
San José de Mayo.

Médicos

Francisco Soca. - San José 822.

Alfredo Navarro, Cirujano. - Colón 1394.

Eugenio Bruel, Cirujano. - Paysandú 1135.

Juan B. Morelli. - Canelones 982.

Pedro A. Barcia. - Buenos Aires 516.

Gilberto Regules, Cirujano. - Sarandí 412.

Alberto Mañé, Cirujano. - 25 de Mayo 710.

Carlos Butler. - San José 840.

Escríbanos

Héctor Alberto Gerona. - Zabala 1327 y 18 de Julio 2282.

Eduardo Díaz Falp. - Agraciada 3143.

Carlos A. Mac Coll, Agrimensor. - Treinta y Tres No. 1333.

Gran Casa CORRALEJO

Plaza
CONSTITUCIÓN



Invitamos a visitar nuestra

Exposición

de

Vestidos

para

Soirées

y

Teatros



La novedad de nuestros modelos, su esmerada confección y lo reducido de sus precios, hacen que se comparen con cualquiera.

Peixoto y Giralt Lamas

Importadores

SECCIÓN AUTOMÓVILES:

Cámaras Irreventables de SEARLE. — Aceites y Grasas Minerales Rusos VISCOSINE. — Cubiertas de goma acerada. — Extinguidores de Incendio KYL - FIRE. — Aceites y Grasas BAIKAL para Ferrocarriles y Usinas.

SECCIÓN HYDRÓFUGOS:

Líquidos para evitar humedad en las paredes. — Pastas para impermeabilizar las mezclas comunes. — Aparatos para secar cuartos húmedos. — Pinturas impermeables de agua fría. — Preparados para secar la humedad.

SECCIÓN FERRETERÍA:

Llaves Inglesas de Acero THE CIMBRIC. — Baños portátiles. — Pickes de acero para alambrados. — Torniquetes Norteamericanos. — Escaleras Automáticas, etc.

Teléfonos: La Uruguaya 155, Cordón
La Cooperativa, 2226.

Dirección Telegráfica:
PEIXALT
Código A. B. C., 5.a Ed.

1378 - Calle Maldonado - 1380
MONTEVIDEO (R. O.)

REPRESENTANTES EN EL INTERIOR DE LA REPÚBLICA



Equieredo Hermanas

Casa especial para el cuidado de la belleza femenina.
Modas.
Manicure.
Depilación eléctrica.
Tinturas, etc.

Andes 1332

TALLERES GRÁFICOS
de "ANALES MUNDANOS"

AFFICHES . MENUS .
PROGRAMAS .

CATALOGOS .
CIRCULARES TARJETAS .

LITOGRAFIA
,
TIPOGRAFIA

DIBUJOS e
ILUSTRAZIONES PARA
REVISTAS .

ANUNCIOS .

EX - LIBRIS
etc . etc

IFUZAINGO. 1431.

AVISO IMPORTANTE

Por los anuncios insertados en ANALES MUNDANOS diríjase a la Administración.

Los dibujos para avisos son confeccionados al gusto de los avisadores gratuitamente, siempre que se hagan tres publicaciones.

"LA NACIONAL"

... La Fábrica de Billares más antigua ...

Casa
fundada en
1876



Teléfono:
La Uruguaya
1109

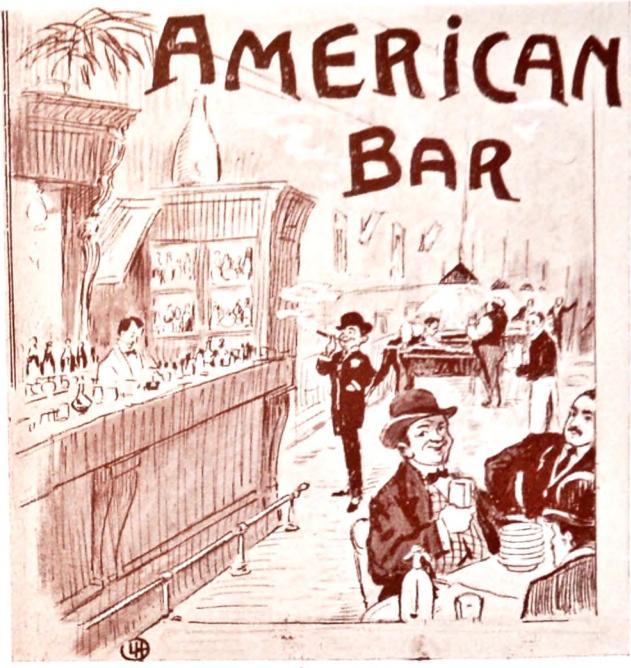
Los Billares de esta Casa son y serán siempre los mejores que se fabrican en el país
NO ADMITEN COMPETENCIA

Esta casa ha fabricado billares para el Excmo. señor Presidente doctor Viera, Jockey Club, Centro Naval y Militar, Confiterías del Telégrafo, Americana, etc.

Serafin Quinteros

Cerro Largo, 263

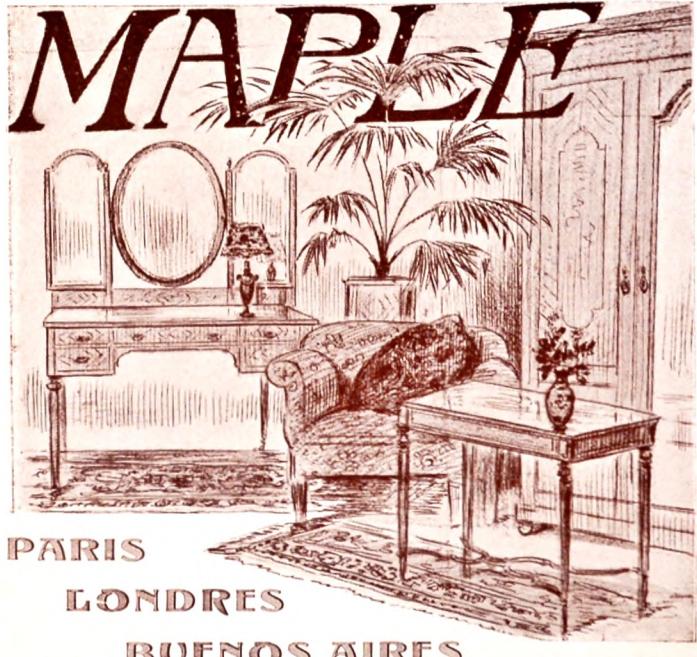
MONTEVIDEO



AMERICAN BAR

ESPECIALIDAD EN COCKTAILS
Y BEBIDAS IMPORTADAS

Calle Andes, 1415



La Mueblería más grande del mundo
San José 882
Montevideo



ESTANISLAO GRANESE

Teléfono:
"LA URUGUAYA" 504
(Central)

RINCÓN 538

Gran Hotel COLON

(Palacio Gandós) ——————

EL MAS MODERNO DE LA CAPITAL
— LUJOSAMENTE INSTALADO —

Ascensores eléctricos

—

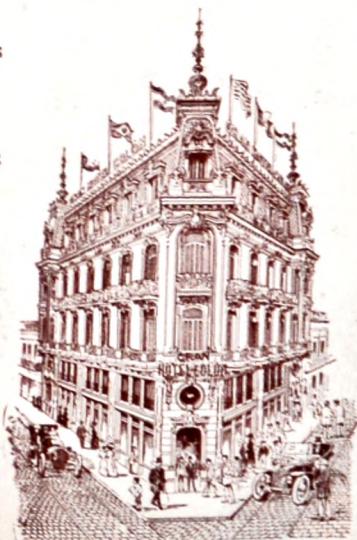
Baños calientes

á todas horas

—

Habitaciones

para novios



Calle Rincón
Esq. Bvd. Mitre
MONTEVIDEO

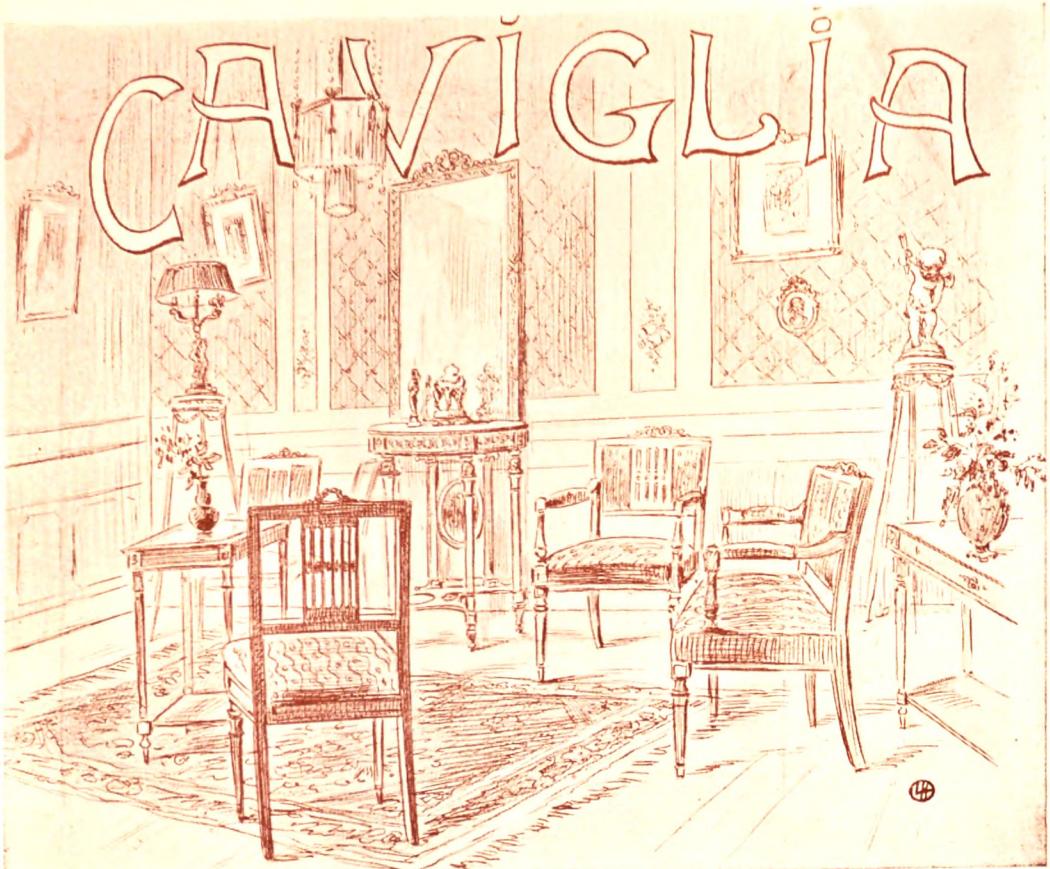
**GRAN EXPOSICIÓN
DE MUEBLES
dorados de Estilo**



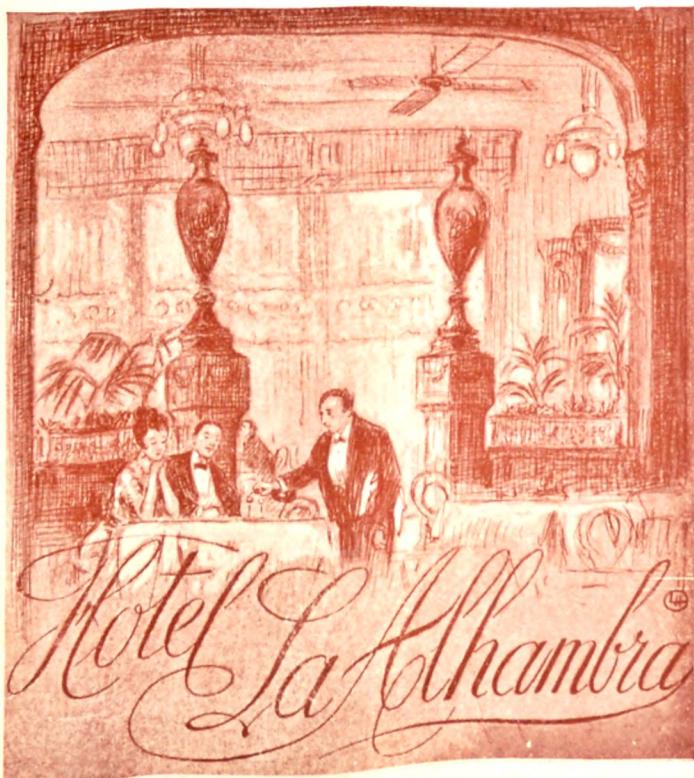
RECOMENDAMOS
el Juego de Sala
estilo Luis XVI que
aparece en el dibujo
compuesto de: 1 sofá,
2 sillones y 4 sillas ta-
pizada con sedería, es-
queleto dorado á fuego

**DORURE
ANCIENNE \$ 170**

El mismo juego
esqueleto nogal “ **110**



MOEBLERIA CAVIGLIA ☈ 25 de Mayo 569



Diners-Concerts todas las noches.
Servicio de banquetes
El hotel más bien situado de Montevideo.

SARANDÍ esq. Bmé. MITRE

**MAISON
BOURLEZ**

Lo más lindos modelos
de Sombreros, Vestidos y
Abrigos, acaba de recibir.



Artículos de toilette,
perfumerie, lingerie, etc.



Juan C. Gómez 1346





